

33

CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL.

LA ESPAÑA DRAMÁTICA

DE

DON JOSE GARCIA DE SOLIS.

Olivia

EL DUENDE.

6 RS.

N.º 33.

MADRID:

Librería de la Viuda é hijos
de D. José Cuesta,
Carretas, n.º 9.

Librería de Moya y Plaza,
sucesores de Matute,
Carretas, n.º 8.

SALAMANCA: IMP. DE ATIENZA, RUA, 45.

CATALOGO de las obras dramáticas de la propiedad del CÍRCULO LITERARIO COMERCIAL.

DRAMAS

EN TRES Ó MAS ACTOS.

Batalla de Lepanto.
Frutos amargos.
El Monarca cenobita.
Miguel el esclavo.
Soberbia y humildad.
Cid Rodrigo de Vivar.
La India.
Vida por honra.
Madrid por dentro.
Entre el cielo y la tierra.
Susana.
La duda.
Los hijos de la noche.
El Capitan Pacheco.
Hamlet.
Don Alvaro de Luna.
El triunfo del pueblo libre.
Napoleón en España.
Kuser ó los bandos de Holland.
La Torre del Duero.
Magdalena.
La Pasión.
El hijo del ciego.
El Castillo de Balsain.
Los contrabandistas del Pirineo.
El Puente de Luchana.
¡Creo en Dios!
¡Las jornadas de Julio!
Pedro Navarro.
Don Rafael del Riego.
La niña del mostrador.
La mano de Dios.
Remismunda.
¡Redención!
Rioja.
Mujer y madre.
El curioso impertinente.
La Aventurera.
La Pastora de los Alpes.
Felipe el Prudente.
Dios, mi brazo y mi derecho.
El Fénix de los ingenios.
Ricardo III.
Caridad y recompensa.

El donativo del diablo.
La hija de las flores.
El valor de la mujer.
La fuerza de voluntad.
La máscara del crimen.
La estrella de las montañas.
La ley de raza.
Sancho Ortiz de las Roclas.
Andrés Chenier.
Adriana.
La ley de represalias.
El ramo de rosas.
Caibar, *drama bardo*.
El Trovador, *refundido*.
Cristóbal Colon.
Un hombre de Estado.
El primer Giron.
El tesoro del Rey.
El lirio entre zarzas.
Isabel la Católica.
Antonio de Leiva.
La Reina Sara.
Ultimas horas de un Rey.
Don Francisco de Quevedo.
Juan Bravo el Comunero.
Diego Corrientes.
El Bufon del Rey.
Un voto y una venganza.
Bernardo de Saldana.
El Cardenal y el Ministro.
Nobleza republicana.
Doña Juana la Loca.
El hijo del diablo.
Sara.
García de Paredes.
Boabdil el Chico.
El fuego del cielo.
Un juramento.
El dos de Mayo.
Roberto el Normando.

COMEDIAS

EN TRES Ó MAS ACTOS.

Por ser ella sin ser ella.
El hijo natural.

El dinero y la opinion.
Un hombre importante.
Quién más mira menos vé.
La escala de la vida.
Unos llevan la fama.
Las Indias en la Côte.
¡Mejor es creer!
Los órganos de Móstoles.
La escuela de los ministros.
El fondo y la corteza.
El tesoro del diablo.
La flor de la maravilla.
El agua mansa.
Un infierno ó la casa de huéspedes.
El duro y el millon.
El oro y el oropel.
El médico de cámara.
Un loco hace ciento.
La tierra de promision.
El cabra tira al monte.
Sullivan.
El peluquero de Su Alteza.
La consola y el espejo.
El rábano por las hojas.
Tres al saco...
Un inglés y un vizcaino.
A Zaragoza por locos.
Los presupuestos.
La Condesa de Egmont.
La escuela del matrimonio.
Mercadet.
Una aventura de Ricchlieu.
Deudas de honor y amistad.
Merecer para alcanzar.
Para vencer, querer.
Los millonarios.
Los cuentos de la Reina de Navarra.
El hermano mayor.
Los dos Guzmanes.
Jugar por tabla.
Juegos prohibidos.
Un clavo saca otro clavo.
El marido duende.
El remedio del fastidio.
El lunar de la marquesa.
La pensión de Venturita.
Quién es ella?
Memorias de Juan García.
Un enemigo oculto.
Trampas inocentes.

+ 1244904

R. 153698

EL DUENDE.

Zarzuela original en dos actos,

POR

DON LUIS OLONA,

MÚSICA DE

DON RAFAEL HERNANDO,

Representada en el Teatro de Variedades el 6 de Junio de 1849

CUARTA EDICION.



N.º 33.

SALAMANCA:
IMPRESA DE JOSE ATIENZA, RUA, 45.
1864.

EL BUEN DIAS

Traducido en los años

por

DON LUIS OLONA,

MUSICO DE

DON RAFAEL HERRERO.

Representada en el Teatro de Variedades el 6 de Junio de 1819

CUARTA EDICION.



33 6 33

SALAMANCA:

IMPRENTA DE JOSE ALONSO, RUA 43.

1804.

A LOS .
ACTORES Y ACTRICES
QUE HAN TOMADO PARTE
EN LA REPRESENTACION DE ESTA ZARZUELA,

como prueba de aprecio á la eficacia, esmero y perfeccion con que la han ejecutado.

S. A. A.

Luis Olona.

Y LOS

ACTORES Y ACTRICES

QUE HAN TOMADO PARTE

EN LA REPRESENTACION DE ESTA OBRA.

como prueba de respeto á la educacion, esmerado y por-
focion con que se han ejecutado.

2. 4. 4.
Luis Olvera

Esta obra es propiedad de D. JOSÉ GARCIA DE SOLIS,
que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima,
varie el título, ó la represente en algun teatro del reino, ó en
alguna sociedad de las formadas por acciones, suscripciones, ó
cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su deno-
minacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de
8 de abril de 1859, 4 de marzo de 1844, y 5 de mayo de 1847, re-
lativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejempla-
res que carezcan de la contraseña reservada que se estampará
en cada uno de los legitimos.

PERSONAJES.**ACTORES.**

DOÑA INES.	DOÑA JUANA SAMANIEGO.
DOÑA SABINA.	DOÑA MARIA BARDAN.
JUANA.	DOÑA JOSEFA RAMOS.
QUITERIA.	DOÑA JOAQUINA CARCELLER.
DON CARLOS.	DON MANUEL CATALINA.
DON DIEGO.	DON JOSE CORTES.
DON CALISTO.	DON JOSE AZNAR.
ANTONIO.	DON FERNANDO NAVARRO.
EL CABO CORBEA.	DON ENRIQUE LOPE.
EL TIO EMETERIO.	DON JUAN ANTONIO CARCELLER.
DON VENANCIO.	DON BENITO FLOREZ.
PERICO.	DON FELIX DIEZ.

CAZADORES, LUGAREÑOS, SOLDADOS, RECLUTAS.

La accion en 1849.—Empieza al anochecer y concluye al amanecer del dia siguiente.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala baja en una casa de campo cerca
na á Madrid: puertas laterales. Al fondo una ventana baja
grande de reja; mesa, sofá, sillones, etc. (1)

ESCENA PRIMERA.

CAZADORES dentro. Se oyen trompas de caza.

CANTO.

Coro. Al ciervo!

Otros. Corramos!

(Suenan un tiro.)

Garros. ¡Viva!

Coro. Ya en tierra cayó!

(Toque de trompas.)

La noche en los campos

su sombra derrama,

la trompa nos llama.

(1) Se entiende por derecha ó izquierda la del actor.

la caza acabó.
Marchemos, amigos,
llevando en trofeo
la rês que el ojeo
propicio nos dió.
Marchemos, marchemos,
La caza acabó.

(El coro se aleja hasta no percibirse.)
Marchemos.

ESCENA II.

JUANA. Sale con una luz que pone sobre la mesa. En seguida se dirige á la ventana de reja, y mira por ella hacia el sitio por donde se alejan los cazadores.

JUANA. Gracias á Dios que nos dejan en paz los benditos cazadores! Qué voces! Qué tiros! Qué escarceo! Jesus! Como hace tres meses que vivimos con tanto sosiego en esta quinta, y que no ponemos los pies en Madrid, aunque nos hallamos de él á corta distancia.... Ay! No tan corta para quien se ha dejado por allá un pedazo de su corazón. Ya se vé! una tiene que seguir á sus amos, que quieras que no, y....

ESCENA III.

JUANA. ANTONIO asomándose por la parte exterior de la verja.

ANTON. Juanita!
JUANA. (Volviéndose asustada.) Ah!
ANTON. No te asustes: soy yo.
JUANA. Antonio!
ANTON. Si, tu Antonio, paloma de mis ojos.
JUANA. Es posible! Tú por aquí?
ANTON. Mira. Cómo podria yo colocarme ahí dentro?
JUANA. No, no; de ninguna manera.
ANTON. Es que tengo que hablarte de un asunto muy sério, y no quiero que me vean.
JUANA. De un asunto muy sério! (Dios mio! Esto es que viene á casarse conmigo!) Aguarda voy á brite

(Se dirige á la mesa; eoge la llave de la verja y abre.)
Entra, y no metas ruido; no venga mi señora y...

ANTON. (Entrando.) Magnífico!

JUANA. Ah! Te prevengo que no me gustan los juegos de manos.

ANTON. Sí... para juegos estoy yo.

JUANA. Te has acordado mucho de mí?

ANTON. Eso me preguntas? Si vieras con qué tristeza me ponía á mirar la fuente de las cuatro estaciones, donde pasábamos aquellas tardes tan... Pues y ahora, que he dado en soñar todas las noches contigo?

JUANA. Ahora no mas? A mí hace mucho tiempo que me sucede lo mismo.

ANTON. Ay! porque se acerca nuestra eterna separacion!

JUANA. Eh? Nuestra... Pues á qué has venido? Habla.

ANTON. A despedirme de tí.

JUANA. (Alarmada.) Y á donde vas?

ANTON. Muy cerca. A Pekin lo menos.

JUANA. (Admirada.) Tú?

ANTON. Es decir mi amo y yo.

JUANA. Pero qué amo es ese que hace un viaje semejante?

(Anijida.) Y yo tan tonta que me figuré que venias á casarte conmigo!

ANTON. Sí, A la vuelta de la China.

JUANA. Cómo! Se le figura á usted que le voy yo á estar esperando toda la vida? No, hijo mio: la cosa urge... Está usted? No es usted tan jóven para que así desperdicie el tiempo.

ANTON. Pero Juanita, oyeme, y...

JUANA. Sea usted fiel para que luego la dén este pago!

ANTON. Oye la mas lamentable historia...

JUANA. Sí: algun embrollo. Déjeme usted en paz.

ANTON. (Asiéndola de la mano y con dulzura.) Ven aquí, muger, ven aquí. Puedo hablar sin temor?

JUANA. Acabemos.

ANTON. Tú no conoces á mi amo?

JUANA. Ni quiero y ahora que le he tomado tierra...

ANTON. Pues... ya te dije en otra ocasion que mi amo tiene un tio muy rico... que este quiso casarlo con una prima residente en Sevilla, jóven, viuda y rica tambien segun parece; pero á quien mi amo no ha visto en su vida.

JUANA. Nada de eso tiene que...

ANTON. Aguarda un instante.

JUANA. Si esta es la quinta vez que me lo cuentas, Tu amo, que es un calavera y un ingrato, como tú, sé negó á ese matrimonio; de cuyas resultas su tío hace un año que no quiere verle ni oírle, y que le ha desheredado. Muy bien hecho.

ANTON. Mal corazón!

JUANA. Así aprenderá á obedecer á sus mayores.

ANTON. Mira. Casi iba á hacerlo al verse acosado por la escasez, y sobre todo por los acreedores; pero cuando pensaba escribir una carta á su tío sometién dose á su voluntad... cádate que una noche de carnabal va á los salones orientales y... el diablo sin duda llevó allí un dominó color de naranja, que le trastorno el juicio. Adios sumision! Adios arrepentimiento!

JUANA. Si las máscaras son la perdicion de los hombres!

ANTON. Renuncia á escribir á su tío, y... lo peor es que no vuelve á ver por mas que la busca por todo Madrid á la que aquella noche habia cautivado su alma.

JUANA. Me alegro.

ANTON. Y para colmo de desdichas... Estremécete! A los dos dias le toca la quinta.

JUANA. Cae soldado!

ANTON. Número seis, segunda edad. No tenia mas remedio que apelar al dinero, y por lo tanto escribir al viejo!... lo hace, y este no le contesta. El tiempo pasa... mi amo no se presenta al llamamiento del diario oficial... sabe que anoche por último van á prenderle á su casa. Qué hacemos entonces? Zas! Tomamos el camino, y aquí nos tienes, que venimos á presentarnos al tío de mi amo, que se halla en esta quinta donde segun parece, ha venido á casarse con una viuda algo jamona, pero retoñada, que á lo que adivino es ni mas ni menos que tu señora.

JUANA. Jesús! Jesús! Me he quedado aturrida! Es posible? Conque don Calisto...

ANTON. Es el tío, el célebre tío que si no apronta sus patacones, no hay remedio, tenemos que seguir corriendo hasta la China.

JUANA. (Con vehemencia.) Pero tu que no eres quinto, ni

sobrino de don Calisto, ni nada de eso...

ANTON. Oh! Yo soy un criado fiel, Juana.

JUANA. (Gimoteando.) Pero... separarnos así... Cuando menos lo esperaba...

ANTON. Vamos! No llores... (Afligido.) que á mi tambien se me saltan las lágrimas.

JUANA. (Enternecida.) Antonio!

ANTON. (Dándole la mano.) Juana!

CANTO.

JUANA. Bien sé yo que tal ausencia
será olvido para mí.

ANTON. No llores, no, que tu Antonio
(Señalando al corazón.)
te lleva grabada aquí.

JUANA. (Afligida.)

Ay!... No.

ANTON. (Idem.)

Ay!... Si.

LOS DOS. (Suspirando.)

Ay! ay! ay!!

JUANA. { Que el amor que de aires muda,
se convierte en aire al fin.

ANTON. { Que si mi amor de aires muda,
no mudará para tí.

JUANA. Pero... Crees tú que don Calisto deje abandonado á su sobrino? Que no se ablande á su ruego?

ANTON. Eso es lo que sabremos muy pronto... Está en casa el viejo?

JUANA. Nunca sale de ella. Si vieras la vida tan triste que paso en este desierto? Y todo por culpasuya; porque á mi ama bien le gusta divertirse á pesar de sus años; pero él es tan celoso... tan huron!

ANTON. Pues una vez que está aquí, voy á avisar á mi amo que me espera en el olivar.

JUANA. Pero no nos volveremos á ver?

ANTON. Pues no que no!

JUANA. Entonces hasta luego.

ANTON. Adios. (Se va por la ventana. Juana la va acercár.)

ESCENA IV.

JUANA. DOÑA INES, cubierto el rostro con el velo del sombrero.

INES. (Saliendo por la primera puerta derecha.) Con su permiso de usted.

JUANA. (Volviéndose azorada y dejando la llave en la verja.) Eh! qué es eso?

INES. Don Calisto Rebollo...

JUANA. (Quién será esta muger?) Está allá dentro.

INES. Solo?

JUANA. No por cierto. En compañía de mi señora.

INES. Entonces.

JUANA. (Creo que no le ha hecho gracia la noticia.) Quiere usted que le pase recado?

INES. Si: dígame usted... pero no... mas vale...

JUANA. (Qué misterios!)

INES. Me parece usted una jóven discreta.

JUANA. Siempre he tenido esa fama. (Será algun trapillo del viejo?)

INES. Y como la discrecion merece su recompensa, me hará usted el favor de admitir este corto obsequio. (Dándole una moneda.)

JUANA. Una moneda de cuatro duros! Oh! yo no sé si debo...

INES. No abrigue usted ningun recelo. Aquí se juega limpio.

JUANA. (Calle!)

INES. Ahora falta que usted tenga la bondad de avisar á don Calisto de que le quiere hablar una persona, y que eso lo haga usted de manera que su ama de usted no se aperciba de ello.

JUANA. Voy. (Se va y vuelve.) Pero cuál es su gracia de usted?

INES. Dijimos antes que la discrecion merecia una recompensa.

JUANA. Es verdad. Ya me olvidaba de los cuatro duros. Espere usted un momento. (A qué vendrá tanto tapujo?) (Vase.)

ESCENA V.

DOÑA INÉS. DON DIEGO.

INÉS. (Sola.) Mis sospechas se realizaron. Don Carlos acude al fin á su tío viéndose perdido, y por salvarse accederá á cuanto este le ordene sin esceptuar nuestra boda. No es esto lo que yo deseo. Yo no quiero que sea mi esposo por dar gusto á su tío, sino porque me ame! Qué! no valgo yo por mí lo bastante para conquistar el corazon de un jóven? Por lo menos ya ha fijado en mí la atencion sin saber quien yo soy... pero todo mi plan naufraga si don Calisto se enterece y don Carlos capitula. Nada, adelante con la idea, y veremos por donde salimos.

DIEGO. (Sale de puntillas por la primera puerta derecha, y dice aparte mirando á Doña Inés.) No me engañé: era ella. Bien la conocí al volver de la caza.

INÉS. Cuánto tarda!

DIEGO. (Pues señor, sepamos de una vez... don Calisto! No quiero perder esta ocasion.) (Se esconde en el cuarto segundo derecha.)

ESCENA VI.

INÉS. DON CALISTO.

CALIST. Una muger desconocida? (Doña Inés se levanta el velo.) Inés!

INÉS. La misma, querido tío.

CALIST. Tú por aquí? Por qué no te has anunciado desde luego?

INÉS. Por que he querido hablarle sin testigos, y mi presentacion á la Señora de esta casa me privaría ademas...

CALIST. Cómo! Das un tono tan misterioso á tus palabras...

INÉS. Estoy indignada, querido tío!

CALIST. Tú! pues qué sucede?

INES. Su sobrino de usted...

CALIST. No me lo mientes.

INES. Su sobrino de usted va á venir de un momento á otro.

CALIST. Aquí? Qué escucho?

INES. (Dándole una carta.) Lea usted esta carta, y se convencerá de ello.

CALIST. Esta carta? que significa...

INES. Ha llegado á mis manos sin saber cómo.

CALIST. (La abre y lee.) Duende mio... (Hablando) Su

duende! Qué extravagancia es esta? (Leyendo.)

Duende mio; desde la noche que en los salo-

nes orientales me prometiste que al baile si-

guiente no solo te quitarías la máscara sino

que responderías á mi declaración de amor.

Yo no te he vuelto á ver: en cambio he recibido

varias cartas sin firma que me han trastornado

el juicio. Yo te adoro; sí; pero mi desdicha

me obliga á implorar la clemencia de un tío

despiadado... (Hablando) Ah! bergante!

(Leyendo.) que tal vez me imponga condiciones

que nunca sin embargo me harán olvidarte.

Adios, y perdóname, soy muy desgraciado?...

(Deja de leer.) Pero á quien le escribe este billete?

INES. Eso no es del caso. Lo que importa es que viene á verle á usted... que le necesita.

CALIST. Si, la semana pasada recibí una carta suya, para que le librara de ser soldado.

INES. (Con mucho interés.) Qué dice usted? ha caído el pobre...

CALIST. Eh? le compadecees?

INES. (Disimulando.) Yo? No por cierto... Ah! tiene usted lo que yo le decía. Le necesita á usted, y

tendrá hasta la poca conciencia de aceptar mi

mano por no entrar en la milicia. Le prevengo

á usted... y para eso he venido, que no cuente

con mi consentimiento; que ya no quiero á su

sobrino ni bendito.

CALIST. Pero...

INES. Nada, lo dicho. Cuando me escribió usted á Sevilla proponiéndome esta boda, la acepté; pero

después que sin haberme visto en su vida, sin

Estoy indignada, querido tío!

conocer mis cualidades me ha despreciado... lo detesto, Jesús! No casarme con semejante calavera! Por lo que hace á usted, no quisiera que despues de lo que ha sabido, fuese usted juguete de su gazonería!

CALIST. Yo? Facilito es. Conmigo no tiene que contar para nada.

INES. (Aparte.) Ay! Dios me perdone lo que hago, si quiera por la intencion!

CALIST. Asi pues, apruebo tu conducta. Oye; lo que siento es que no te cases pronto con alguien digno de tí.

INES. Tranquilecese usted, querido tío. No llevo mas que dos años de viuda y... ademas, no me faltan pretendientes. Sin ir mas lejos, don Diego Ribera el coronel....

CALIST. Con efecto.

INES. Ahora se halla mandando el depósito de quintos de Alcalá; pero pronto volverá á Madrid y entonces...

CALIST. Pero el obrion de mi sobrino. Se atreverá á presentarse aqui? Querrá tal vez impedir mi matrimonio?

INES. No por cierto.

CALIST. Es muy capaz de ello. Esta boda desbaratará sin duda los cálculos que tenga fundados sobre mis bienes y... le voy á tirar por un balcon. (Se oye dentro la voz de don Carlos que grita aturdidamente.)

CARLOS. (Dentro.) Por donde diablos se entra?

INES. Cielos! es su voz!

CALIST. Cayóse la casa á cuestras!

INES. Oh! verme cara á cara con él por la vez primera!...

CALIST. Y qué te importa?

INES. Oculte me usted por Dios, y no diga que estoy aqui, ni á el ni á nadie.

CALIST. Pero á qué asunto?

CARLOS. (Dentro.) Don Calisto! Don Calisto! Rebollo! Me entienden ustedes ahora?

CALIST. Entra ahí... (Guiándola al cuarto segundo izquierda.) pronto. (Inés entra con él.) Pues no viene moviendo mal escándalo!

ESCENA VII.

DON CALISTO. DON CARLOS.

CARLOS. (Saliedo aturdidamente.) Habrá gente mas torpe y mas... (Al ver á su tio y quitándose el sombrero) ¡Huy!

CALIST. (Con ridicula gravedad.) Quién es usted?

CARLOS. Buenas noches, tio.

CALIST. Qué busca usted en esta casa?

CARLOS. (Maló.) Yo.. la...

CALIST. Váyase usted inmediatamente.

CARLOS. Cómo, tio! Reniega usted ya de su sangre?

CALIST. Eh? (Casi tiene razon!)

CARLOS. De la sangre que...

CALIST. Chito! (Despues de una pausa.) Siéntese usted.

CARLOS. (Ya se humaniza!) (Otra pausa.) Pues señor usted dirá lo que...

CALIST. (Interrumpiéndote.) Usted no dirá nada hasta que yo le pregunte. (Pausa. Don Calisto coge una silla con cierto aire: Don Carlos cree que se la va á tirar y retrocede. Don Calisto se sienta en ella gravemente.) (Don Carlos se sienta tambien.)

CARLOS. Bien; ya me callo. (Pausa.) Esta va despacio.

CALIST. Levántese usted. Cierre usted esa puerta. (Por la izquierda. Carlos vá haciendo lo que su tio le manda.) Ahora siéntese usted.

CARLOS. Pero tio... nos vamos á estar asi toda la noche?

CALIST. Chis! Baje usted el diapason... No quiero que nadie se entere de lo que no es menester.

CARLOS. Sí, pues hasta ahora no sé de qué se han de enterar.

CALIST. Estoy dispuesto á escucharle.

CARLOS. Tio.. usted es mi padre.

CALIST. (Retrocediendo espantado con silla y todo.) ¡Cáspita! Cómo es eso?

CARLOS. Quiero decir, usted es para mí lo que seria mi padre si viviese.

CALIST. Así sucedia en otro tiempo, pero desde hace un año sabe usted que ni yo he querido volverle á ver, ni usted puede contar conmigo para nada.

CARLOS. Gracias, tio. Yo bien conozco lo mucho que le

debo, y nunca me habria espuesto á su enojo, á no acordarse usted de proponerme esa maldita boda con una muger desconocida, y á quien mal podia yo tener cariño.

CALIST. Chiss. He dicho que baje usted el diapason. (Mirando al cuarto donde está oculta Inés.)

CARLOS. Desde entonces, me negó usted su amistad... y lo que es peor aun, le dió á usted la estravagancia... digo, le ocurrió á usted la idea de casarse.

CALIST. Qué! me viene usted á pedir cuentas?

CARLOS. No, tio, no. Le vengo á pedir á usted dinero,

CALIST. Dinero? A mi dinero? No tengo un cuarto! (Levantándose. Don Carlos hace otro tanto.) No quiero darlo.

CARLOS. Es que he caido soldado.

CALIST. Aunque caigas trompetero! No seré yo quien te libre.

CARLOS. Bien; ya dije yo que su enfenal boda borraria de su alma los últimos restos del cariño que un tiempo me tuvo.

CALIST. Señor sobrino!

CARLOS. Claro: yo soy muy franco, tio. Ya se vé, usted no querrá gastar ahora sus pesos duros...

CALIST. Yo no tengo eso.

CARLOS. (Alzando la voz.) Sus pesos duros.

CALIST. (Queriendo apagar la voz de Carlos.) Chiss!

CARLOS. Pues!... Sino en comprar diges á su novia, en empavesarla.

CALIST. (Uf! Me ahogo!) Mira, bergante!

CARLOS. Bueno: digame usted lo que guste; castigame usted: pero yo he de quejarme, y en voz alta... Si señor;

CALIST. Ven acá, condenado.

CARLOS. Ya sucumbe.

CALIST. Cuanto...

CARLOS. (Poniendo la mano como para recibir.) Cuanto? Muy poco. Con doce ó quince mil reales.

CALIST. (Dándole un sopapo en la mano.) Eh! no digo eso.

CARLOS. Perdone usted: creia...

CALIST. Cuanto te sucede, quien lo ha buscado sino tú con tu desobediencia?

CARLOS. Pero vamos á ver... querido tio. Por qué habia yo de casarme con esa dichosa novia, que

usted en mal hora me buscó, no se donde, y que tantos sinsabores me cuesta, cuando existe otra á quien amo, á quien adoro!... otra! . . Ay! si la viese usted....

CALIST. Cómo! Esas tenemos?

CARLOS. Tío... yo sé que usted es hombre de gusto, y si la conociera... vamos *bocato di cardinale*.

CALIST. Alguna marujilla!

CARLOS. Maruja! De fijo no se llama asi. Aquel aire tan distinguido, aquellos ojos que lucian al través de la careta... Tío... asi: (Juntando el dedo pulgar con el indice.) rasgados y negros... A usted le gustan los ojos negros, eh? Pues estos son puro azabache.

CALIST. Sí? Pues véndelos, y con su impóрте busca un sustituto.

CARLOS. Es que ya, ni aun asi puedo librarme.

CALIST. Cómo?

CARLOS. Si soy prófugo.

CALIST. Jesus!

CARLOS. Ayer antes que fueran á prenderme tomé las de villadiego.

CALIST. (Con cierta solemnidad.) Pues caballero! una vez que ha despreciado usted una boda que hubiera hecho su felicidad, una vez que ha adoptado ese género de vida tan desordenado, una vez que sobre todo eso se ha atrevido á insultar á la que va á ser mi esposa... sufra usted las consecuencias. A tal falta, tal castigo. Asi, una leccion dura que no se le olvide mientras viva.

CARLOS. (Imitando á su tío.) Pues querido tío; una vez que usted no me dá un cuarto, una vez que yo tampoco le tengo, y una vez que de perdido no he de pasar, ya no me contento con ser prófugo.... seré desertor.

CALIST. Desertor!

CARLOS. Y si es necesario me haré cabecilla!

CALIST. Carlos!

CARLOS. Y el que caiga en mis manos... (A ver si lo amedrento.)

CALIST. Jesus! Jesus! Qué pícaro!

CARLOS. Lo que siento es que no caerá la que adoro. (Y esto si que es verdad!) Ay tío, qué muger!

CALIST. Otra te pego? No me caliente usted la cabeza

con sus embrollos! Ea... Aquí terminó nuestra entrevista. Tome usted la puerta y... lo dicho dicho.

CARLOS. Oígame usted.

CALIST. Nada.

CARLOS. Pero esto es inicuo.

CALIST. Inicuo?

CARLOS. Si señor, indigno de usted.

CALIST. (Echando mano á una silla.) Desvergonzado!

CARLOS. Mal haya mi fortuna!

CANTO.

CALIST. Basta, ya, señor sobrino,
quite de mi presencia.
Qué descaro! Qué insolencia!
Me va dar un sofocon.

(Carlos quiere hablar.)

No me chiste, voto á cribas.

Si la suerte le ha tocado

no hay remedio, á ser soldado,

y á marchar al batallón.

CARLOS. Pero tío...

CALIST. Al batallón.

CARLOS. Pero tío...

CALIST. Al batallón!

Para el rebelde

y el holgazan,

no hay mejor freno

que el rataplan.

Dura la cama,

mas duro el pan,

y un cabo loco,

te amansará.

(Cesa la música.)

SABINA. (Dentro.) Juana, Juana!

CALIST. (Sobresaltado.) Doña Sabina!

CARLOS. Me alegro, así sabrá...

CALIST. Márchate.

CARLOS. Por qué?

CALIST. Si te vieses en su casa, después del concepto que tiene de tí... Quieres perderme?

CARLOS. Pero tío!...

CALIST. Chiss! Ahí está... cuenta con decir que eres mi sobrino.

CARLOS. Cómo!
CALIST. Silencio!

ESCENA VIII.

Dichos. DOÑA SABINA.

- SABINA. Juana! (Viendo á don Calisto.) Ah! Estaba usted aqui? Cómo es que me ha dejado usted sola?
- CALIST. Vine á...
- CARLOS. (Vaya una facha que tiene mi futura tía!)
- SABINA. Calle! no habia reparado en este caballero. Es...
- CARLOS. (Pasando á su lado.) Si señora, soy ..
- CALIST. (Poniéndose otra vez delante.) Un amigo mio, que ha venido á tratar de cierto asunto pendiente.
- SABINA. Beso á usted la mano. (Bella figura!)
- CARLOS. (Volviendo á pasar. Todo este juego requiere viveza.) Señora, me alegró en el alma de conocer á usted y...
- CALIST. (Vuelve á pasar.) Y siente no poder permanecer mas en nuestra compañía. Se vuelve á Madrid ahora mismo.
- CARLOS. (Pasando.) Eso dependerá de que don Calisto me despache un encargo segun deseo.
- CALIST. (Qué oigo! Insiste aun.)
- SABINA. Celebraré que usted lo consiga, por mas que eso me prive de que acepte la hospitalidad en mi quinta una persona que desde luego me ha inspirado simpatías.
- CALIST. (Ay! si le conocieras!)
- CARLOS. (Don Calisto tira á Carlos de la levita.) Cómo? Seria yo tan feliz...
- SABINA. Por otra parte, usted preferirá volverse á Madrid. Oh! qué pueblo aquel! Aqui está una tan aburrida, tan recoleta..., comprendo que quiera usted marcharse.
- CALIST. (Bajo.) Ya lo oyes, vete.
- CARLOS. No por cierto, señora. Y para dar á usted una prueba de cuanto le agradezco su acogida, pasaré aqui la noche.
- CALIST. (Viendo que Carlos no atiende á sus señas, tose.) Qué dice? Ejem!

- CARLOS. Y aun el día de mañana.
CALIST. (Tosiendo.) Ejem! Ejem! Se está (vengando de mí.)
SABINA. Tanta bondad!
CARLOS. En fin, me quedo hasta el domingo.
CALIST. (Tosiendo muy fuerte.) Ejem! Ejem! Ejem! (Ah bellaco!)
- SABINA. (A don Calisto.) Qué es eso?
CARLOS. (A don Calisto.) Ya lo ves, querido amigo.
CALIST. (Y me tutea!)
- CARLOS. Lo que no han podido conseguir tus ruegos, lo ha logrado esta señora con solo una indicacion, (Dándole la mano.) Ya estarás contento.
CALIST. (Aparte furioso a Carlos.) Te he de pelar!
SABINA. Qué amable! qué galan!
CALIST. (Pasando en medio y diciendo.) Pero es el caso que no tenemos habitacion preparada y... (Aparte a Carlos.) Máchate.
- SABINA. (Sin hacer caso de don Calisto.) Eso no importa. (Pasando al lado de Carlos.) Se siente usted cansado?
CALIST. (Calle! se vá con él.)
CARLOS. Qué! Nada de eso. Yo suelo acostarme tarde y... puedo hacerle compañía hasta la hora que guste.
CALIST. No, aqui no se traspocha tanto.
CARLOS. Ya, pero en la córte los teatros, los bailes... Hace ocho dias que asistí al del Conde de la Oruga....
- SABINA. (Con sumo interes.) Sí?
CALIST. (Habrâ trapalou!)
- CARLOS. Cosa magnífica! Le gustan á usted los bailes?
SABINA. Deliro por ellos.
CALIST. (Furioso.) (Miren lá....)
- CARLOS. Pues le contraré. ...
SABINA. Sí, sí... (Va á tomar una silla, don Carlos se la pone.)
CARLOS. Oh! permita usted...
SABINA. (Se sientan.) Cuente usted, cuente usted.
CARLOS. Con mucho gusto.
CALIST. (Pues estoy lucido, voto á brios!) (Carlos habla bajo con Doña Sabina.)
- SABINA. Oh! divino!
CALIST. (Qué le está diciendo?)
SABINA. (Entusiasmada.) Delicioso! Vaporoso!
CARLOS. Ah! Usted comprende la poesia del baile! La filosofia de una cola de gato!

- SABINA. Si, sí.
CARLOS. Usted tiene alma!... Sensibilidad!...
CALIST. (Ya no hay paciencia!) (A Carlos furioso) Mira tú!
SABINA. (Volviéndose) Eh?
CALIST. (Dominando su enojo.) Nada... Juana que viene á... (Yo reviento.)
JUANA. (Sale por la primera puerta izquierda.) Señora, cuando usted guste, la cena está en la mesa.
(Vase.)
SABINA. Pasemos al comedor.
CARLOS. Sí, pasemos al comedor. (Don Calisto va á darla el brazo y Carlos se adelanta.)
CALIST. (Háse visto descaro igual!)
- SABINA. Vamos, don Calisto! Jesus! Siempre con ese aire tétrico y monótono... Si no tuviera usted otras cualidades... (Agarrada del brazo de Carlos.) Es tan raro! (Aparte á Carlos: echan á andar.)
- CALIST. (Dándole un puñetazo en la espalda.) Toma bribon!
CARLOS. (Volviéndose.) Ay!
SABINA. Qué tiene usted?
CARLOS. (A su tío con amabilidad.) Nada, nada... un tropiezon... pasa, Calisto, pasa.
CALIST. (Pasando delante.) Oh!
SABINA. Sin cumplimientos, señores.

ESCENA IX.

DOÑA INES. DON DIEGO.

- INES. (Asomándose á la puerta del cuarto donde está oculta.) Se queda! Oh! si encontrase un medio....
DIEGO. (Idem sin verla.) Gracias á Dios! Sin duda debe estar ella por aqui.
INES. Veamos.
DIEGO. Busquémosla. (Los dos salen y se encuentran.)
LOS DOS. (Sorprendidos.) Ah! (Golpe de orquesta.)

CANTO.

- INES. Don Diego! (Estoy turbada!)
DIEGO. Ha poco que la ví
volviendo de la caza,
y amante la seguí.

INES. Qué escucho?

DIEGO. Ya mis penas

tocaron á su fin.

INES. No entiendo...

DIEGO. Allí escondido...

INES. Cielos!

DIEGO. Todo lo oí.

INES. Sí?

DIEGO. Sí.

A la ferviente súplica
que á ti mi labio envía
responda, hermosa mía,
la risa de tu amor.

INES. A la ferviente súplica
que vuestro amor me envía,
mal responder podría
turbada y sin valor.

DIEGO. En tus ojos, prenda amada,
de mi dicha el sol fulgura
y en tu frente hermosa y pura
luz de amor miro brillar.
Ah! mi bien, por siempre huyeron
mi pesar y tu desvío,
y hoy ya vuelve el pecho mio
su contento á recobrar.

INES. Siempre amor de igual manera
nuestro pobre pecho inflama,
siempre así su ardiente llama
acostumbra ponderar.

INES. Mas cual hielo que disipa,
(los matices de las flores
presto vienen los amores
el olvido á marchitar.

DIEGO. Ah! mi bien, por siempre huyeron
(mi pesar y tu desvío
y oy ya vuelve el pecho mio
su contento á recobrar.

DIEGO. Ah! yo no comprendo... No le decía usted hace
poco á su tío, que renunciaba usted á la idea
de esa boda con su primo don Carlos, y que á
mi vuelta á la corte...

INES. Ha hecho usted muy mal en escucharnos. Cuan-
do una habla en familia... En fin, usted por aho-
ra tiene que estar en Alcalá. Veremos....

- DIEGO. Eso es repetirme que aun su primo puede ser dueño de su mano. Nunca!
- INES. Yo no digo eso, pero... pero tampoco digo lo otro.
- DIEGO. (De rodillas.) Ah! Inés, mireme usted á sus plantas! Apiadase usted de mí... Yo la adoro... la...
- CALIST. (Sale furioso.) Buff!
- INES. (Dando un grito y se vuelve á ocultar velozmente en el segundo cuarto de la izquierda.) Ah!
- CALIST. (Dando paseos precipitados sin reparar en nadie.) Estoy ciego de ira! Se me va á indigestar la cena!
- DIEGO. Don Calisto!
- CALIST. (Muy bruscamente y siguiendo paseando.) No estoy en casa.
- DIEGO. Cómo! No me conoce usted?
- CALIST. (Sin reparar siquiera con quien habla.) Ah! perdone usted ... No acierto. Usted está bueno! Me alegro. Yo tambien... gracias.
- DIEGO. Cómo! No me conoce usted?
- CALIST. (Sin reparar siquiera con quien habla.) Ah! perdone usted.... No acierto. Usted está bueno! Me alegro. Yo tambien... gracias.
- DIEGO. Pero qué arranques son esos? Qué tiene usted?
- CALIST. (Se detiene.) Eh? Calle! Don Diego! (Mas tranquilo y mirando á don Diego.) Usted por acá! Cuanto me ale... Está usted bueno?
- DIEGO. A Dios gracias. (Qué tiene este hombre?)
- CALIST. Y á qué debo la honra?...
- DIEGO. He venido de caza por estos alrededores, en compañía de varios oficiales del depósito de Alcalá, que como usted sabe está á mis órdenes, y de paso...
- CALIST. (Concibiendo una idea.) El depósito de Alcalá! Oh! Esta es la mía! El cielo le ha traído á usted sin duda para vengarme del mas pérfido,.... en fin del mas pérfido.
- DIEGO. No comprendo... Está usted trémulo, distraído. Hable usted, y si mi amistad puede...
- CALIST. (Para sí.) Esto es duro! Pero no importa. A grandes males... (Alto.) Don Diego, yo tengo un sobriño...
- DIEGO. Sí, ya le conozco.
- CALIST. He dicho mal. Yo tengo una serpiente que he criado en mi seno, y que se me ha liado á la

- garganta.
- DIEGO. A usted?
- CALIST. Sí, con siete nudos... Créame usted. Después de haber menospreciado la mano de su prima...
- DIEGO. (Con alegría.) ¡Ah!
- CALIST. De haber contraído deudas enormes..... se me ha encajado aquí por último revolviéndolo todo, levantando de cascos á mi futura, que aun conserva los resabios de la corte, y... en fin, tratando esta casa como país conquistado, y á mí como prisionero de guerra.
- DIEGO. Es posible!
- CALIST. Así pues, es preciso hacer con él un escarmiento... gordo; estamos? Quitarlo de aquí, de España, si es preciso.
- DIEGO. Y qué puedo hacer yo?
- CALIST. Usted? friolera. Acaba de tocarle la quinta,
- DIEGO. Qué oigo!
- CALIST. Es prófugo además!
- DIEGO. Oh dicha!
- CALIST. Cómo dicha? Se alegraría usted por ventura?
- DIEGO. No, mas...
- CALIST. Aquí solo se trata de castigarle por unos días, y...
- DIEGO. Comprendo. (Friolera! Deshacerme de un rival..) Y qué? qué desea usted? que mande prenderlo?
- CALIST. Justo! se lo llevará usted consigo, y....
- DIEGO. Sí: sí: lo demás corre de mi cuenta. Esta aquí, eh? Pues voy á tomar mi caballo y volveré con la escolta que ha de conducirle al depósito.
- CALIST. Oh! Cuánto le agradezco....
- DIEGO. No hay por qué. El servicio nacional... yo solo atiendo al servicio nacional.
- CALIST. De qué carga me alivia usted!
- DIEGO. (No es floja la que yo me quito de encima!) Conque no perdamos tiempo.
- CALIST. Sí, sí.
- DIEGO. Dentro de media hora estoy de vuelta.
- CALIST. Adios, adios.
- DIEGO. (Aparte yéndose por la primera puerta derecha.) Ah fortuna! Mia será doña Inés.
- CALIST. Ya estoy mas tranquilo. Ya puedo volver allá dentro halagado con la idea de la venganza. Señor sobrino, pronto verá usted quién soy yo. (Se vá por la primera puerta izquierda.)

ESCENA X.

ANTON. despues CARLOS.

ANTON. (Saliendo por la primera puerta derecha.) Eh? pronto verá usted quién soy yo? Qué apostamos á que el viejo medita sin duda alguna mala pasada contra nosotros? (Mira adentro.) Se detiene en el corredor. Habla con don Carlos. Mi amo le suplica... don Calisto le dá un envion y sigue adelante. Qué tenemos?

CARLOS. (Saliendo.) Que no me queda esperanza alguna... Ahora acaba de deshauciarme por completo, y con un tono amenazador...

ANTON. Sí: yo le he oido decir, «Señor sobrino, pronto sabrá usted quién soy!...

CARLOS. De verás? Diantre! Bah! nada me importa. Seré soldado. Qué pierdo en ello? Nada hay que me sonría. Tengo un tio, y me abandona: amo á una muger, y no solo ingoro quién es, ni si es bonita ó fea, sino que se burla de mi con anónimos y misterios que me trastornan el juicio... Ah! y sin embarago, el recuerdo de aquella noche es la única felicidad de mi corazon..., la única idea., no sé lo que me digo. Quién sabe si, todo aquello no era un chasco de carnaval!

ANTON. Cómo! Algun hombre disfrazado?.

CARLOS. Quitate animal!

ANTON. Como todo lo encubre un dominó...

INES. (Dentro.) No.

ANTON. (Volviéndo sobresaltado.) Eh? Cáspita!

CARLOS. Qué!

ANTON. Han dicho, no.

CARLOS. Déjame en paz con tus majaderias.

ANTON. Señor... hace tiempo que se me ha puesto en la cabeza, que la muger á quien usted ama es... ó una bruja ó un duende...

CARLOS. Mira, me coges de humor para sufrir tus sandeces.

ANTON. Perdone usted: mas...

CARLOS. Y á proposito de brujas. Sabes que mi futura tia es muy amable?

- ANTON. Sí? Pues pídale usted el dinero que necesita y Cristo con todo.
- CARLOS. Estás loco? presentarme de buenas á primeras..
- ANTON. Toma! Yo no hago mas que proponer. Conque es mujer... corriente.
- CARLOS. Y entusiasta por la córte y por los placeres.
- ANTON. Mala pareja para el tío. El tan aficionado al dinero...
- CARLOS. (Don Carlos se queda pensativo.) Con efecto.
- ANTON. Y Juana la criada me ha dicho que su señora es inmensamente rica.
- CARLOS. Te ha dicho...
- ANTON. Dos millones de caudal. Eh? Qué bien nos vendrian! Ay! pero nunca será usted feliz! No teniendo esto... (Haciendo con los dedos la señal del dinero.) Lástima es que caiga en manos de quien no sabe gastarlo.
- CARLOS. (De repente.) Oye, Antonio. Una idea.
- ANTON. Una idea?
- CARLOS. Bestial.
- ANTON. De las que á mi me ocurren?
- CARLOS. Dime. Se ablandará mi tío?
- ANTON. No señor.
- CARLOS. Tendré que desertar?
- ANTON. Sí señor.
- CARLOS. Si me cogen, á presidio lo menos.
- ANTON. Si señor.
- CARLOS. Por otra parte, mi amante desconocida solo ha querido burlarse de mi.
- ANTON. Si señor.
- CARLOS. Ninguna esperanza tengo de salir de este cruel estado.
- ANTON. (Con tono decisivo.) Ninguna.
- CARLOS. (Resueltamente.) Me voy á casar con la vieja.
- ANTON. Canastos! Con la futura de don Calisto?
- CARLOS. Lo que oyes.
- ANTON. Pero señor... está usted en su cabal juicio... la de... (Cambiando de pensamiento.) Cáspita! pues es una gran idea!
- CARLOS. Magnífica! Doña Sabina tiene cincuenta años... y cien mil duros. Elijo lo último.
- ANTON. No, pues yo no cargo con lo primero.
- CARLOS. Además... es alegre, bulliciosa; la dare buena vida... vida... placentera, agitada...

- ANTON. Si, sí; llévela usted al teatro, á los bailes... mucho baile!... (Aparte.) A ver si eoge una pulmonia.)
- CARLOS. Pero... dar ese chasco á mi pobre tío...
- ANTON. Su tío de usted es rico y solo se casará por aquello del conquibos. Qué demonio! No todo ha de ser para él.
- CARLOS. Es verdad.
- ANTON. Sobre todo; el hombre debe buscársela, como dijo el otro.
- CARLOS. Y luego, yo he de heredar lo que mi tío tenga.
- ANTON. Cabal, se adelanta un poco la cosa. Don Calisto es ya viejo y no está para bodorrios. Ay señor, qué idea tan feliz! Usted con un capital como ese. Yo con.... (Carlos lo mira.) pues... con lo que usted me quiera dar.
- CARLOS. Calle! Haces ya cálculos?
- ANTON. Verse libre de acreedores...
- CARLOS. Acreedores! son muchos?
- ANTON. El sastre, el zapatero, el alquilador de coches, el fondista de la calle del Príncipe, el barbero, el sombrerero, el...
- CARLOS. Basta, basta, me caso.
- ANTON. Aunque truene el tío?
- CARLOS. Aunque tronara el mismo Júpiter. No me rechaza? No me condena sin piedad? Pues venganza?
- ANTON. Venganza.
- CARLOS. Ea, al ataque!
- ANTON. Al ataque, á la brecha! digo, á la bolsa, á la...
- CARLOS. (Mirando adentro.) Chito, y lárgate.
- ANTON. (Mirando tambien.) Doña Sabina!
- CARLOS. Ay! qué fea es!...
- ANTON. Animo! Aprietela usted bien las clavijas!
- CARLOS. Vete, mastuerzo.
- ANTON. Al instante. (Se va por la primera puerta derecha.)

ESCENA XI.

DON CARLOS. DOÑA SABINA.

- CARLOS. (Se santigua.) A ella!
- SABINA. (Saliendo.) Aqui le traigo á usted La Zagala sensible, por si quiere leer un poco antes de acos-

tarse. (Le dá un libro.) Esta habitacion y esta alcoba, quedan destinadas para usted y para su criado.

CARLOS. Conque... *La Zagala sensible*. Oh! prometo á usted leer hasta el nombre del impresor.

SABINA. Y Perderá usted su sueño por...?

CARLOS. (Con mucha galanteria.) Si no podré dormir esta noche.

SABINA. Por qué?

CARLOS. Porque soy muy amante de leer estas cosas.

SABINA. De verás?

CARLOS. Si hay sensibles zagalas, tambien hay zagales enamorados.

SABINA. (Me mira con un fuego!)

CARLOS. Y como los enamorados no duermen... Eso lo sabe usted bien.

SABINA. Yo!

CARLOS. No vá usted á casarse?

SABINA. Si; pero... crea usted que este matrimonio no me quitará el sueño.

CARLOS. Qué, no tiene usted nada en qué pensar?

SABINA. No...

CARLOS. Ni un recuerdo en que recrearse?

SABINA. (Ay! su voz es tan dulce que...)

CARLOS. Pero.... Todo lo comprendo. Usted no se casa por amor, y se condena á la soledad, al olvido, á la prosa de un marido... que seguramente la lleva... diez años.

SABINA. (Vivamente) Diez y seis, caballero.

CARLOS. Luego tiene usted...

SABINA. Treinta y cuatro.

CARLOS. La edad de los impetus!! (Con entusiasmo.) Ah! seguramente no es asi la zagala sensible que tengo en mi mano. Y sin embargo, usted es tambien zagala; zagala de estos campos, sol de estos contornos!... Sol... eclipsado... y (vaya si lo está) eclipsado por la sombra de don Calisto.

SABINA. (Aparte con pena.) (Es verdad.)

CARLOS. Vamos á ver... No siente usted agitarse á veces su fantasía!...

SABINA. Si

CARLOS. Crecer sus deseos... (Desde aqui al final de la escena muy vivo y animado.)

SABINA. Si.

- CARLOS. Querer brillar en otra sociedad mas poética.
SABINA. Si, mas poética.
CARLOS. Mas bulliciosa... mas...
SABINA. (Debo estar colorada!)
CARLOS. Con un esposo al lado, que orgulloso de poseer su amor...
SABINA. Un esposo que no fuese don Calisto!
CARLOS. Cabal, Jóven, como yo.
SABINA. Ay! de veras?
CARLOS. Alegre como yo... buen mozo...
SABINA. Como usted?
CARLOS. Ese es un dardo.
SABINA. No de burla!
CARLOS. De amor? (Tomándole una mano.)
SABINA. Ay! Estése usted quieto.
CARLOS. Ah! Sabina! Sabina!
SABINA. Suélteme usted, don Carlos.
CARLOS. (De rodillas.) Yo te adoro!
SABINA. Pero esto es un escopetazo!
CARLOS. Mi alma, mi vida, mi porvenir son tuyos, habla! habla!
SABINA. (Después de vacilar y con acento expansivo.) Carlitos!!
CARLOS. (Estalló) (Abrazándola.)
INES. (Dentro. Ja!... Ja!... Ja!...
CARLOS. Eh! no has oído?
SABINA. Con efecto, se rien por aquí cerca.
CARLOS. (Aparte.) Santo Toribio! (Mirando receloso.) Si será de mí?...
SABINA. Sinduda Juana está ahí fuera con los otros criados... No tengas miedo.
CARLOS. Miedo yo, cuando tu me amas? Oye. Nos casaremos en seguida? Tú despedirás esta noche á don Calisto... ó le mato.
SABINA. Cielos!
CARLOS. (Aparte sonriéndose.) (Pobre tío!)
SABINA. Contento, celoso mio! Él se marchara sin eso. Dime nos iremos á Madrid en seguida?
CARLOS. Si, sí. A la córte, á los saraos. Tú que eres tan aficionada...
SABINA. Y en ellos bailarás conmigo?
CARLOS. Hasta la gallegada si tú quieres.
SABINA. Oh! Qué dicha!
CARLOS. Cuando al compás de la orquesta te lleve yo, cogido mi brazo por tu cintura... (Lo hace.)

- SABINA. (Llena de gozo.) Ay! no me lo digas!
CARLOS. Cuando polkemos!... Y tú que serás ligera lo mismo que una pluma... (Aparte.) De pavo.
SABINA. Vaya! quieres verlo ahora mismo.
CARLOS. (Dios me asista!) No he de querer?
SABINA. Pues á la una.
CARLOS. A la una... (Los dos bailan. La orquesta toca la polka hasta concluida la escena que sigue.) (U! Pesa diez quitaes lo menos!)
SABINA. Mas vivo!

ESCENA XII.

Dichos polkando. DON CALISTO.

- CALIST. (Va á salir, los vé y se detiene estupefacto.) Jesus, Maria y José!! Qué es lo que miro? Ah!... vil infame! Y la otra! Mas vieja que un palmar... (Patea de ira al mismo tiempo que los otros bailan.) Alto ahí!! (Dirigiéndose á ellos que no hacen caso.) Qué significa esto?... (Gritando.) Je..! Cómo se menean! (La música no cesa.) No oyen ustedes? Yo me vuelvo loco! (Persiguiéndoles: los otros siguen polkando.)
Je!... Señora!... (Agarrándose de los faldones del frac de Carlos, y dando las vueltas que éste dá en la polka.) Carlos! (Doña Sabina y Carlos; polkando al compás de la música, se van por la primera puerta izquierda.) Señoraaaaa!!! (Gritando detras de ellos, Se ván.)

ESCENA XIII.

DOÑA INES. DON CARLOS.

- INES. Ah! (Despues de salir y mirar por donde se fué don Carlos, apaga la luz y se vuelve al cuarto. La escena se queda enteramente á oscuras.)
CARLOS. (Sale como huyendo.) Allí dejo á los dos: que se las compongan como puedan... Eh? Se han llevado la luz (Llamando.) Antonio! Pues señor... lo que hecho no pasa de ser una calaverada es-

pantosa. Y qué vieja tan coqueta, tan... «No te acuestes. Necesitamos concertar nuestro plan.» Ay! Qué conquista esta tan diferente de las que hace tres meses... Ah! Paciencia!... (Dan las diez.) Hola! Ya es tarde, á fé mia. (Orquesta.) Calle! Qué es eso?

CANTO.

INES. (Dentro.)
Siempre al niño amor que es ciego
la fortuna lo guió;
si perdido estás de amores
tu fortuna seré yo.
Repite. { Lara la larará!
 { larará, la, la!
 { Yo soy tu fortuna,
 { serás tú mi amor.

CARLOS. Cielos! Qué acento es este que ha estremecido mi alma?

INES. (Saliendo del cuarto segundo de la izquierda.) Le conoces?

CARLOS. Una voz... Quien vá? (Pausa.) No responden.

INES. (Talareando el estribillo de la canción.) Larará, larará! Larará, la!

CARLOS. Pero esta es una pesadilla! Quién vá? repito. Quién eres?

INES. Yo.

CARLOS. Tú! Pero quién eres tú? (Dios mio! Será la vieja? Ah! No. Este eco tan dulce... Que yo recuerdo haber oído...)

INES. Sí.

CARLOS. Es ella! (Tropezando.) Voto á...

INES. (Riendo.) Ja, ja, ja!

CARLOS. La risa de antes! Oh! por piedad... habla. Qué haces aquí? Qué significa esto? Eres la que yo amo?

INES. No.

CARLOS. No?

INES. Sí.

CARLOS. Sí y no?

INES. No y sí.

CARLOS. Yo lo sabré.

INES. Si das un solo paso, desaparezco para siempre.

- CARLOS. Oh! No siendo tú la que adoro, poco me importa.
- INES. Y si lo fuera? (Don Carlos se detiene vivamente.) No te muevas.
- CARLOS. Es posible? Ay qué placer, qué...
- INES. Detente!
- CARLOS. Si no me muevo! Ah! Duende mio! Porque ahora si que creo que eres un duende... No, un espíritu celestial, un sol de... (Bascándola con la mano.)
- INES. Lo de sol, hijo mio, guardalo para doña Sabina.
- CARLOS. (Vivamente.) (Maldita sea mi suerte!)
- INES. Mal pudiera yo ser sol, cuando me dejas á tu luna.
- CARLOS. Cómo?
- INES. No te casas con ella?
- CARLOS. Con la luna?
- INES. Con el sol ó con la luna. Me alegro de haberte conocido á tiempo.
- CARLOS. Oh! Yo te juro!... pero acércate, por la virgen.
- INES. Crees que sea yo tan tonta?
- CARLOS. Cómo has venido á esta quinta? Recibiste quizá una carta que al salir de Madrid dejé en mi posada, por si algun dia llegaba á tus manos?
- INES. Si yo nunca he estado en Madrid.
- CARLOS. Pues no eres mi bella desconocida?
- INES. Cuál?
- CARLOS. La que amo, aquella cuyos recuerdos... (Será fea, y no se querrá por eso dejar ver?)
- INES. Qué marmuras?
- CARLOS. (Si pudiera atraparla!...)
- INES. Tus pisadas me indican que me buscas!
- CARLOS. Claro. Y como te pille! ..
- INES. Escucha; no perdamos el tiempo inútilmente y admite un consejo que he venido á darte.
- CARLOS. Cuál?
- INES. Que huyas de aqui, porque tu libertad peligra.
- CARLOS. Mi liber.... (Asiéndola del traje.) Te cogí.
- INES. (Desasiéndose y huyendo.) Ah!
- CARLOS. No has de escaparte por quien soy.
- INES. Ah! (Da con la puerta del cuarto segundo de la izquierda y se oculta en él.)
- CARLOS. En este cuarto! (Llega á la puerta, cierra y quita la llave.) Mía es! Pronto, busquemos una luz. (Se va por la primera puerta derecha.)

ESCENA XIV.

DON DIEGO, y soldados saliendo misteriosamente por la reja con linterna.

CANTO.

DIEGO. Todos prepárense,
mucho silencio,
chito, y el prófugo
nuestro será,

CORO. Nuestro será.
Pues que la bélica
trompa le llama,
como fiel súbdito
la seguirá.

TODOS. Todos prepárense.
mucho silencio,
chito, y el prófugo
nuestro será.

(A una seña de don Diego se ocultan y él con ellos en el segundo cuarto derecha.)

ESCENA XV.

DON CARLOS y ANTONIO con una linterna sorda; la llave en la mano y la trae cerrada.

CARLOS. (Primer preludio de orquesta al mismo tiempo que hablan.) Baja la voz.

ANTON. Conque es decir, que nuestros sueños dorados se los llevó el diablo con la aparición está!

CARLOS. Mira, calla ó te rompo los hocicos.
ANTON. (Adios cien mil duros!) Pero no reflexiona usted, señor, que sin los dos millones no nos quedamos recproso que escapar cuanto antes?

CARLOS. Ahora recuerdo... Ella me dijo que aquí mi libertad poligraba!

ANTON. Pues huyamos.

CARLOS. Si, pero con ella, con mi desconocida!

- ANTON. Un raptó!
- CARLOS. Chis!... nuestros caballos están ensillados aun y..
- ANTON. Pero á donde la llevamos?
- CARLOS. A donde quiera que yo vaya... Oh! no se me escapará mas, viven los cielos!
- ANTON. Dios nos saque con bien de esta nueva locura.
- CARLOS. Chito! Permanece con la linterna cerrada. Asi será mas fácil que consenta en salir de ese cuarto!
- ANTON. Una idea, señor. Y si esa muger es fea ó jorabada?...
- CARLOS. Diantre! Chasco seria despues de cargar con ella. Nada. En cuanto haya salido aqui y al oírme toser, abres la linterna...
- ANTON. Y reconozco el fardo! Bien.
- CARLOS. Estate quieto. (Se dirige al cuarto donde está encerrada Inés. Antonio permanece quieto con la linterna preparada, á la detecha primer término.)

ESCENA XVII.

Dichos DOÑA SABINA. Despues DON CALISTO.

- SABINA. (Segundo prelude de orquesta sin que la representacion cese un instante. Doña Sabina aparte y saliendo de punjillas con gran pteucion, por la primera puerta izquierda.) Le veré! Concertaremos en secreto el medio de despedir á don Calisto y... (: igue andando á tientas y se coloca proxivamente á Antonio.)
- CARLOS. Ya di con la cerradura! (Abre el cuarto donde está Inés y entra.)
- ANTON. (Que por una aventura perdamos un negocio de dos millones!)
- INES. (Saliendo del cuarto conducida de la mano por Carlos.) Va á dascubrirme! Qué haré?
- CARLOS. (Me admira su silencio!)
- ANTON. (Ya están aqui!)
- CARLOS. Oh! Salgamos de dudas... Ejem! (Tose y figa sus ojos en ella.)
- ANTON. Bravo! (Abre la linterna, pero variando de direccion columbra el rostro de doña Sabina, y la cierra velozmente.)

SABINA. } (A un tiempo.) (Golpe de orquesta.) Ah! (Al ver lu-
INES. } cir la linterna, que se cerrará rápidamente.)

Ul!!! (Viendo a doña Sabina retrocede asustado y tropieza de espaldas con su amo. Este vacila. Inés aprovecha el momento y se deshace de Carlos buscando a tientas una salida. Todo esto debe hacerse rápidamente y á la par.)

CARLOS. } (Por Inés y aparte.) Ay! Qué hermosa es!

INES. } (Se va por donde vino.) Huyamos!

ANTON. } (Es una tarasca! (Carlos estiendo las manos para coger á Inés y coge la mano de doña Sabina.)

CARLOS. Ven ángel mio! nada temas.

ANTON. (Acercándose y en voz baja.) Señor, que es un fenómeno.

CARLOS. De hermosura! Ven, bella desconocida, y fia en mi honor.

SABINA. (No comprendo.)

CALIST. (Golpe de orquesta.) (Saliendo.) Quién anda aquí?

SABINA. Ah!

CARLOS. Mi tio! (Pasándola á manos de Antonio y diciendo en voz baja.) Huye con ella... Yo os guardo las espaldas.

CALIST. Quién vive? (La orquesta sigue piano sin que cese la representacion un momento)

ANTON. (Yo con esta caricatura!)

SABINA. (A Antonio.) Pero Carlos á donde me llevas?

CARLOS. (Bajo á Antonio.) Huid, hasta la primera posada, hácia Alcalá. Prontro; ya os sigo.

ANTON. Ay Dios mio! (Se la lleva por la primera puerta de recha.)

CALIST. Luces! Hola! Luces!

CARLOS. (A su tio.) Mi bien!

CALIST. (Asiéndole.) Tunante! Era una cita! No, no te es-

capas.

CARLOS. Oh! (Va á irse.)

ESCENA XVII.

DON DIEGO y CORO de soldados saliendo y rodeando á DON CARLOS. Despues JUANA. DONA INES observando sin ser vistas desde la puerta segunda izquierda.

CANTO FINAL.

DIEGO. { Alto allá!
CORO. { Alto el prófugo, alto allá!
CARLOS. Ah! Don Diego!
CORO. Punto en boca.
CARLOS. Yo, señores...
CORO. No hay que hablar,
CARLOS. Pero...
CORO. Chito!
CARLOS. Mas.,.
CORO. Silencio.
CARLOS. Oiganme por caridad!
CORO. No, no.
CARLOS. Por caridad!

CARLOS. Salvarme no puedo,
y en tanto quizá
Antonio y mi bella
tranquilos se van.

CALIST. (Aparte.)
Algun gatuperio
me armó este truan,
y á oscuras pensaba
mis iras burlar.

DIEGO. Pues preso y soldado
no puede escapar,
ya libre me encuentro
de odioso rival.

CORO. (Viendo salir á Juana muy conmovida.)
Mas qué es eso? qué sucede?

JUANA. Ay qué infamia! qué maldad!
un raptor á mi señora
se la lleva hácia Alcalá!

CARLOS. A la vieja!

CALIST. Justo cielo!

(A Carlos.)

Tuya es la trama infernal.

Coro. }
DIEGO. } (Idem.) Dése preso y no chistar.

DIEGO. Suerte dichosa, CARLOS. Suerte maldita,
noche feliz, nécio de mi,
de un ribal libre que en la emboscada
me miro al fin. torpe cai.

CARLOS. Doña Sabina, JUANA. Pobre señora,
pobre de tí, suerte infeliz,
tal vez te vendan tal vez la vendan
á un marroqui. á un marroqui.

SOLDADOS.

Pronto su pena
venga á sufrir.

La disciplina
lo manda así.

Se llevan preso á don Carlos.

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una sala baja grande en una posada de Alcalá. Puerta al fondo y laterales. Mesas, sillas, bancos, etc., un farol grande colgado á la puerta del fondo. La accion poco antes de amanecer.

ESCENA PRIMERA.

El tío EMETERIO, QUITERIA, PERICO, sentados en el suelo.
EL CABO CORREA en pie con un vaso lleno de vino en la mano. Varios SOLDADOS dan vuelta al compás del CORO que otros cantan. Aldeanos y Aldeanas sentados á derecha é izquierda.

CANTO. CORO.

SOLDAD. Al baile, al baile, amigos,
danzad del canto al son,
que siempre fué la danza
la hermana del amor.

CORREA. (Adelantándose con el vaso en la mano.)
Quien nunca al baile acude
placeres no sintió.
la dicha es solo el baile,
el vino y el amor.

CORO. Al baile, al baile, amigos,
danzad del canto al son,
que siempre fué la danza
la hermana del amor.

CORREA. Ciñendo un talle airoso,
quién rey no se creyó,
si lleva entre sus brazos

la reina del amor.
Coro. En baile, etc.

- EMETER. (Levantándose ó interrumpiendo.) Eh! Tropa! Basta ya de música celestial; pues no tren mala gerga con la hermana del amor, y la prima de la danza! Ese parentesco no se ha cantao nunca por esta tierra de Alcalá; y aluego... ó las mozas bailan... ó no bailan. Díj! (Les vuelve la espalda.)
- CORREA. Tío Emeterio, usted es el posadero mas cabal de Alcalá de Henares, y merece que se le dé gusto, sin contar con que nada mas arreglado á conciencia que el que estas chicas bailen un rato. Ya vé usted que aunque reclutas sabemos ser galantes. Conque á ello.
- EMETER. Tú, Periquillo! (Dándole con el pié á Perico que está sentado y vuelto de espaldas hablando con Quiteria.) Perico!
- PERICO. (Volviéndose con mal humor.) Qué quie usted?
- EMETER. Ham! Qué cara de bruto tienes, cuando estas al lao de Quiteria! No has visto que te he llamao?
- PERICO. Y si no he caído en la seña.
- EMETER. A ver si bailais algo que se entienda.
- QUITER. Pues que bailen esas! Mioste!...
- EMETER. Ju!... Muchachas? Arriba, asi... A sacuir la pereza! Ahora verá usted. (Los lugareños se levantan Las parejas se colocan.)

CANTO. *Seguidillas, que bailan.*

EMETER. (Hablando.) Canta tú guacamayo. (A Perico.)

PERICO. (Preparándose á hacerlo.) Ejém! Ejém!

(Canta.)

Con el zangoloteo
de tus caeras
como si fuera un trompo
me haces dar vueltas.

Coro. (Riéndose de Perico.)
Cómo si fuera un trompo
la hace dar vueltas.

Todos. (Hablando.) Bien, bien.

EMETER. Cuasi cuasi á mi tambien se me ensancha el

gaznate.
QUITER (Hablado.) Que cante el tío Emeterio.
EMETER. Si tengo muy mala oreja.
TODOS. Que canté! Que cante!
EMETER. Callasus! Cantaré.

(Canta.)
Cuando sales á misa
con saya verde
quisiera ser borrico
para comerte.

Coro. (Riéndose del tío Emeterio.)
Quisiera ser borrico
por que ve el verde.

TODOS. Bien, bien!

CORREA. Perfectamente.

EMETER. Ahora cá cual á su tarea, que no tardará en amanecer; y usted señor cabo escuadra...

CORREA. Yo tengo que permanecer en la posada hasta que se me acaben de reunir los quintos que van llegando de estos alrededores. El cuartel esta lleno, y por eso esta mañana nos alojaron aquí, entanto que vuelve el coronel y nos destina á otra parte.

EMETER. Sí; pero eso no quita para que tanimientras dejen libre esta sala.

CORREA. Con mil amores. Usted tiene buen vino en su bodega, y allí se pasa el rato de lo lindo. Muchachos... (Se vá con los soldados.)

EMETER. (Mala peste!)

QUITER. Tío! que se van á beber el vino!

EMETER. Que se jarten. Premita Dios!... (A Perico dándole un empujón.) Qué haces aquí tú?

PERICO. Lo que quiero.

EMETER. Jurrii! Al trabajo! Toavía quies mas palique con la Quiteria?

PERICO. (Yéndose.) Que me coma un lobo si tomo hoy el arao.

QUITER. (Murmurando.) Pa qué le ha bufau usted?

EMETER. Por que la regla rigular no permite que esté á toas horas con la baba caía. Ea, márchate á la cocina, y despacha á encender lumbré.

QUITER. Si ya lo sé; miste qué rejon. (Con mal modo. Váse.)

ESCENA II.

El tío EMETERIO. DON CALISTO. Después DON VENANCIO.

CALIST. (Saliendo por el fondo.) Eh! Posadero!

EMETER. Quién anda ahí?

CALIST. Un cuarto, una cama... Uf! vengo molido! El camino es corto, pero el sobrinito nos ha dado un rato que ya!... Y luego, yo con la idea fija de perseguir al raptor...

EMETER. (Mirándole embobado.) Qué dice usted?

CALIST. Nada, hombre Nada. Una cama, un cuarto.

EMETER. (Se sienta.) Volando.

CALIST. Y se sienta!

EMETER. (Saca un cigarro y echa yesca.) Si voy á encender esta punta.

CALIST. Mal haya!... (Ah! Esta posada está á la entrada del pueblo y quizá...) Dígame usted...

EMETER. Qué se le ofrece?

CALIST. Por casualidad, ha pasado por aquí un hombre á caballo, llevando á grupas una señora...

EMETER. Em!... una señora..., llevando (Acordándose.) un caballo en la grupa!... No ha pasado naide.

CALIST. Qué bestialidad!

EMETER. (Gritando.) Y si no ha pasao naide.

CALIST. Bien, hombre, bien. Me dá usted ese cuarto y la cama?

EMETER. (Con mucha calma.) En cuanto me ate esta liga.

CALIST. (Um! le sacudiria...)

VENANC. (1) (Saliendo de prisa.) Buenas.

CALIST. (Volviéndose.) Eh?

VENANC. (Al tío Emeterio.) Me acaban de llamar del número dos.

EMETER. Sí: la señorita que llegó hace poco.

VENANC. Está?

EMETER. Si señor.

VENANC. Bien. (Se vá y vuelve.) Ah! (Se detiene delante de

(1) Este personaje debe andar sumamente de prisa sin pararse nunca aunque le quieran obligar á ello y siendo el completo contraste del Tío EMETERIO, que es muy calmoso. Su traje es: calzon corto y media negra, chaleco blanco, frac raro, sombrero negro y algo exajerado. Para el mejor efecto sería conveniente que el actor que ejecutase este papel fuese delgado.

don Calisto y dice:) No. (Se vá rapidamente por la primera puerta izquierda.)

CALIST. (Sorprendido.) Ese hombre es un cohete!

EMETER. Cogete ó no cogete es too un percuraor; y ahí donde usted le vé, no hay agencia que no despache en cinco minutos. Siempre volando... Ca! Siempre...

CALIST. Pues no se le parece á usted mucho.

EMETER. Toma! Es que...

CALIST. Hombre! me dá usted esa cama?

EMETER. (Con mal humor.) Allá voy. No quíee usted que guardé antes estos cacharros?

CALIST. Otra detencion?

EMETER. Si al instante vuelvo.

CALIST. Por vida de...

EMETER. Allá entro hay un sofá, donde puede echarse tanimientras. (Vase despacio.)

CALIST. Vamos, no lo mueve una yunta. Pues es capricho de don Diego el vivir en esta maldita posada. Yo me iria de buena gana á su cuarto; pero, qué diablos! ni eso está bien, ni ahora le en contraría allí, ocupado como anda con los reclutas, y sobre todo con mi dichoso sobrino, que se rebela á cada momento. Pero señor, cómo esplicarme á todo esto el rapto de doña Sabina? ni cómo averiguar su paradero? Digo! Echese usted á buscarla por Alcalá. Como no esté cuando menos camino de Zaragoza! Quien sabe! mi sobrino nada ha declarado, y en vano se ha pretendido averiguar...

ESCENA III.

DON CALISTO. DON VENANCIO sale muy de prisa del cuarto de la izquierda, y cruza el teatro.

VENANC. Agur.

CALIST. Beso á usted la mano.

VENANC. (Volviéndose desde el foro.) Sé llama usted don Calisto?

CALIST. Servidor de usted.

VENANC. Tio de un jóven...

CALIST. Tio de un basilisco.

- VENANC. Agur. (Váse por el fondo.)
CALIST. Eh!! dígame usted, caballero... (Le sigue: Don Venancio desaparece.) A qué vendrán esas preguntas? (Bajando á la escena.) No; yo he de saber... (A este tiempo van á salir de la primera puerta izquierda Antonio y Doña Sabina. El primero que sale vé á don Calisto, y cierra las hojas dejando á doña Sabina encerrada, y se queda turbado pegado á la puerta de espaldas.)
- ANTON. Uff!
CALIST. Qué es eso?
ANTON. (Por fortuna no me conoce.) (Doña Sabina dá golpes.)
CALIST. No oye usted que llaman á esa puerta?
ANTON. (La vieja lo va á echar á perder.) (Llaman.)
CALIST. Qué hace usted ahí parado, alma de Dios?
ANTON. Y á usted qué le importa? (Golpes.) Allá van. (Gritando y como si hablará con la persona que está encerrada.) No se puede salir, que hay aquí un perro que muerde!
- CALIST. (Asustado.) Caramba! un perro que muerde?
ANTON. Sí, señor... sí. Alla en el corredor... como está oscuro no lo verá usted quizá...
CALIST. Vaya, con su permiso. (No sé yo por qué este quidam no me dá buena espina. (Váse por la segunda puerta derecha receloso como temiendo que salga en efecto el perro.)

ESCENA IV.

ANTONIO. DOÑA SABINA.

- ANTON. (Se separa de la puerta; esta se abre y vá á salir doña Sabina.) Chiss! espere usted.
SABINA. Qué ocurre? (Antonio vá á ver si don Calisto se ha alegado.)
ANTON. Que acabo de ver á don Calisto.
SABINA. Cielos! Huyamos!
ANTON. No, ya no hay cuidado. Pero en cuanto amanezca tomaremos el portante.
SABINA. Y á dónde?
ANTON. Qué sé yo?
SABINA. Cómo? Ignoras que vendrá en persecucion mia. Además, puesto que yo, ó mejor dicho mi amor?

ha sido tan dócil, tengo derecho á saber qué proyêcto es el de don Cárlos.

ANTON. (Animas benditas!)

SABINA. Tú que me has conducido aquí, podrás decirme..

ANTON. Vaya! Si señora.

SABINA. Don Cárlos no ha echado de ver sin duda lo arriesgado de este paso.

ANTON. Qué quiere usted? A veces no reconoce uno su error, hasta que se alla á la mitad del camino. (Así me ha pasado á mí.)

SABINA. Tú mismo venias confuso, sin saber qué decirme, qué partido tomar.

ANTON. Con efecto... Confieso que estaba perplejo... pero al fin cobre resolución, (y tomé el partido de sacar provecho del error.)

SABINA. Eh?

ANTON. Nada; pensaba en... en qué usted debe casarse con mi amo, para bien de todos... Esto es lo que hay que desear.

SABINA. Pues bien, tu amo qué hace que no viene? No me has dicho que no tardaria? Que nuestra fuga ha sido por temor á don Calisto su tío, parentesco que yo ignoraba, y que...

ANTON. Si señora. Vendrá y pronto; no tenga usted cuidado. Vendrá... (Digo, si no se ha ido con la otra.) Vendrá repito, amante, cariñoso, se prostrará á esos pies... el cura echara á ustedes su bendicion y...

SABINA. Basta, basta; no me hagas sentir emociones tan fuertes, Antonio! Ves? toda me he conmovido... me he... Si, si; cuando digo que me he conmovido...

CANTO.

SABINA. Pensando en que se acerca momento tan feliz.

tipiti.

No sé lo que me brinca,

(Llevándose las manos al corazón.)
con tanto gozo aquí.

Tipiti.

Mi corazon será,

tipita.

lo siento latir.

Tipiti.

Sup. 1233-3 a odost

Mi bien... ti, ti... mi amor.

Aaay!

Yo vivo para tí.

SABINA.

(A un tiempo.)

ANTONIO.

Tu amor es la esperanza
de un rico porvenir:

Para mí.

sin él, ni el oro quiero,
que guarda el Potosí.

Mi corazón será,

tipita.

lo que siento latir.

Tipiti.

Mi bien, tí, tí, mi amor

Aaay!!

Yo vivo para tí.

(Aparte.) Pues yo sí.

La vieja ciega vá,

tipita.

Mis planés á seguir

tipiti.

Qué haré tí, tí, no sé.

Aaay!!

La cosa está en un tris.

ANTON. (Rumor dentro.) No oye usted? Bueno será quitarnos de esta sala... ó si no mejor es que usted se retire á su cuarto, y que yo vaya á espiar á don Calisto, porque á decir verdad no las tengo todas conmigo.

SABINA. Sí, sí... y si ocurriese algo...

ANTON. Doy la alarma... ó la aleluya si veo llegar á mi amo.

SABINA. Dios lo traiga pronto. (Se va por la primera puerta izquierda.)

ANTON. Y haga que no se encuentre con el viejo! Por este lado creo que se marchó! Exploremos el campo! Ay! si ya que he concebido la idea de retener á doña Sabina, no cuaja la boda esta vez como deseo... me drados estamos! Y qué dirá á todo esto mi Juana? (Se detiene á un lado.) Qué veo!

ESCENA V.

ANTONIO. CARLOS. EL CABO CORREA le trae por fuerza; Carlos se queda pensativo sin ver á Antonio.

CORREA. Punto en boca, y adelante, caballero. Yo no admito réplicas, ó las contesto con la vara. Espere usted aquí al coronel, según acaba de mandarle. (Se vá.)

ANTON. (Le han echado el guante!)

- CARLOS. Yo soldado! Yo sujeto á un cabo de escuadra!
Oh! (Tira la silla en que está apoyado, hácia donde está Antonio.)
- ANTON. (Dando un brinco.) Ay!
- CARLOS. Quién es? Calle!
- ANTON. Señorito de mi alma! Usted soldado! (Va á abrazar á su amo: este le da un pescozon.)
- CARLOS. Toma, tunante.
- ANTON. (Huyendo.) Qué hace usted?
- CARLOS. Ven acá.
- ANTON. (Muy retirado.) Señor...
- CARLOS. Ven acá te digo...
- ANTON. Me vá usted á sacudir otra vez?
- CARLOS. (Desde lejos.) No: ven, hijo mio, ven.
- ANTON. Ay señorito, ese cariño me anuncia otro pescozon.
- CARLOS. (Trayéndole de una oreja.) ¿A quién sacaste de la quinta esta noche?
- ANTON. A... á la...
- CARLOS. A la bruja de doña Sabina!
- ANTON. Pero si me equivoqué...
- CARLOS. Señor don Antonio, usted es un trapalón de primer orden... Usted, llevado por la afición al dinero, se ha empeñado en casarme con la vieja.. (Antonio va á hablar.) Calla ó te sacudo.
- ANTON. Pero señorito de mi alma, si la otra... Zas! Se escabulló sin saber cómo. Tengo yo la culpa?
- CARLOS. Pero en cambio me tiene usted guardadita aquí á doña Sabina. (Antonio hace con la cabeza señales afirmativas tímidamente.) Si eh? Pues también esta... Zas! Es preciso que se escabulla al instante ó si no le doy á usted mucho que contar y no dinero.
- ANTON. Ya me lo presumo. Por eso ando tras de él, y usted no me lo agradece.
- CARLOS. Ahora mismo ha de regresar doña Sabina á su casa... (Antonio vá á hablar.) Nada; ahora. No te vuelvas á presentar sin haberlo verificado, porque haré contigo lo que no ha mucho quiso conmigo hacer el cabo de escuadra.
- ANTON. Mas...
- CARLOS. Corre, ó vive Dios...
- ANTON. (Aparte.) Todo se lo llevó la trampa. (Ya en la primera puerta derecha.) Y cómo me las compongo ahora con la vieja?

- CARLOS. (Desde lejos y viendo que tarda en irse.) Antoñito
ANTON. (Desde la puerta.) Si voy al instante, Pero....
CARLOS. (Se vá á él para sacudirle. Antonio se vá corriendo.)
Antoñito!
ANTON. No hay remedio!

ESCENA VI.

CARLOS. Despues ANTONIO. DOÑA INÉS,

- CARLOS. Sí, cúmplase mi suerte. Casándome con doña Sabina, sé qué me libraria de todo... pero; nó nunca venderé así mi libertad. Mi libertad!... Y la tengo acaso? No importa. Entre doña Sabina y el cabo de escuadra... elijo al cabo. Ay! quién me dijera anoche, cuando ya creia tocar la dulce realidad de mis sueños... cuando aquella aparicion repentina... aquella cancion que tan impresa se quedo en mi oido... Si, aun me parece estarla oyendo!... Qué dulce recuerdo! Cómo empezaba? Ah!

CANCION DEL ACTO PRIMERO.

- CARLOS. (Cantando.) Siempre el niño amor que es ciego.
INES. (Dentro.) La fortuna lo guió (Cantando en el mismo tono.)
CARLOS. (Representando.) Dios mio, estoy soñando?
INES. (Cantando.)
Si perdido estás de amores
tu fortuna será yo.
Larará, laralará.
CARLOS. (Mientras canta doña Inés.) Esa es su voz! su voz angelical Qué es esto? Ah! Yo me vuelvo loco de placer! Es ella sin duda... es...
INES. (Cantando.) Yo soy la fortuna.
CARLOS. (Dando vueltas por la sala y cantando con mucho desentono.) Y yo soy tu amor. (Representando.) Pero dónde se oculta?
INES. (Cantando.) Larará, laralará.
CARLOS. Por aquí... no... hácia ese otro lado... Tam-

- co... Angel mio! Mi bien! ¡Oh! Busquémola.
(Entra en el primer cuarto derecha.)
- ANTON. (Saliendo en seguida por donde entró antes.) Vamos, yo no tengo valor para decirselo á doña Sabina. Me va á arañar cuando menos! Si el consintiera en escribirla... yo... la...
- CARLOS. (Dentro.) Dónde está?...
- INES. (Saliendo del cuarto donde entró Carlos, cubierta con el velo de la capota como en el primer acto.) No me ha encontrado! Oh! Quiero sin darme á conocer aun, interrogarle.
- ANTON. Una encubierta!
- INES. El criado? Chis! silencio!
- ANTON. Cómo? Quién es usted? Sepamos...
- INES. (Le da un bolsillo.) Toma.
- ANTON. (Con viveza.) No me lo diga usted ya. (Guárdandole.)
- INES. Respóndeme pronto. Tú amo, está en efecto enamorado?
- ANTON. Eh?
- INES. Nada me ocultes. Yo sé parte del secreto de ese amor y....
- ANTON. (Nos ha descubierto!) Cállelo usted por la virgen! Aquí no hay nada de ilícito. Se casarán... No lo dude usted... se casarán.
- INES. Quiénes?
- ANTON. Ellos! No ha caído usted? Mi amo y doña Sabina.
- INES. Cielos!
- ANTON. Su pongo que usted se alegrará...
- INES. Qué dices, bribon? (Le pellizca.)
- ANTON. Ay! (Pellizca como una bruja.)
- INES. (Pérfido!) Se casa por el vil interés, mientras yo procuro librarle de ser quinto.
- CARLOS. (Dentro.) Nadie!... no encuentro á nadie!
- ANTON. Mi amo!
- INES. (Si yo pudiera impedir esa boda atrayéndole de nuevo.) Escucha; anúnciale que una desconocida quiere hablarle.
- ANTON. Pero...
- INES. Yo te observo; si cumples bien, cuenta con otro regalo. (Se retira al fondo.)
- ANTON. ¿Qué nuevo embrollo es este?
- CARLOS. (Saliendo.) Nada; mis pesquisas han sido inútiles. Solo he dado tropezones en ese maldito corredor! Pero esto es sobre-natural,... Eso es...

- Todavía estas aquí, miserable?
- ANTON. Señor, óigame usted, y...
- CARLOS. Esperas todavía? Vete, vete: por que se me agolpa la sangre á la cabeza, y soy capaz...
- ANTON. Es que... Es que hay una persona que... (Asustado.) No me eché usted esos ojos.
- CARLOS. Acaba.
- ANTON. Una persona que quiere hablarle... (Señalando el sitio donde está Ines retirada.) Que esta ahí.
- CARLOS. Ahí? Traes á doña Sabina (Bajo.) para que viéndola ceda yo. Eh? Pues que se prepare á oirme
- ANTON. (Aparte á don Carlos.) Señor, si...
- CARLOS. Casualmente estoy de un humor de todos los diablos, y lo voy á descargar sobre ella. Así acabaremos de una vez.
- ANTON. Pero...
- INES. (Acercándose y sin presentarse.) Don Cár...
- CARLOS. (Interrumpiéndola vivamente y con sequedad sin volver la cara.) Señora, omitamos esplicaciones inútiles. Siento decirselo, pero... ni yo la he querido á usted ni la quiero.
- INES. (Qué escucho!)
- CARLOS. La dije que la amaba... pero en esto hice con usted lo mismo que con mis acreedores.
- INES. Oh! qué afrenta!
- ANTON. Advierta usted...
- CARLOS. Nada, nada!... Lo dicho. Señora, mis desgracias no me permiten ser tan galante como quisiera... así pues... basta de farsa: cese usted de perseguirme y renuncie usted para siempre á mi amor. (Se dirige bruscamente para marcharse hacia la primera puerta izquierda.)
- ANTON. Tómate esa!

ESCENA VII.

Dichos. DOÑA SABINA. DON DIEGO. DON CALISTO.

- SABINA. (Saliendo por la misma puerta.) Carlos.
- CARLOS. Cielos!
- ANTON. (Aquí fué Troya!)
- CARLOS. Doña Sabina! Pues entonces?...
- SABINA. Qué tienes?
- CARLOS. Ésa es otra!...

- INES. Adios para siempre!
- CARLOS. Ah! Bruto de mí! que es lo que he hecho?
- SABINA. (Celosa, asiéndole por la mano.) Quién es esa lechuza?
- CARLOS. (Por Ines.) Sujétala, Antonio; que se vá.
- ANTON. Alto!
- CALIST. (Dentro.) Posadero, mi cama.
- SABINA. (Asustada.) D. Calisto!
- DIEGO. (Dentro.) Que formen los reclutas.
- INES. Don Diego! (Yéndose por el foro izquierda azorada.)
- CARLOS. Oh! Deja que mis ojos!...
- SABINA. No, no lo consiento. (Poniéndose delante de don Carlos.) Esto es una infamia!
- CARLOS. Señora.
- ANTON. (Bajando corriendo desde la segunda puerta derecha.) El viejo! El viejo! El viejo!
- SABINA. Ah! (Viendo á D. Calisto, huye por la puerta derecha. Antonio la cubre con su cuerpo.)
- CALIST. (Saliendo y señalando hácia donde se fué doña Sabina.) Yo conozco aquel bulto!
- CARLOS. (A su tio.) Por dónde se ha ido?
- CALIST. Eso digo, por dónde se ha ido?
- CARLOS. Era ella!
- CALIST. Ella? Bien me pareció á mí.
- CARLOS. Luego usted la conoce?
- CALIST. Cómo que si la conozco!
- ANTON. Quién me compra un lio?...
- DIEGO. (Saliendo.) Era ella!
- CALIST. Usted tambien la ha visto?
- DIEGO. Sí; pero desapareció sin saber cómo, por allí!..
- CARLOS. Por allí!... (Corre y se vá por el fondo.)
- DIEGO. Y su sobrino de usted la sigue!... Oh! no consentiré que nadie me dispute su amor.
- CALIST. Cómo! Luego usted tambien ama á esa arpía?
- DIEGO. De quién está usted hablando?
- CALIST. Hombre, y usted de quién habla?
- DIEGO. De ella.
- CALIST. Pues de ella hablo yo.
- DIEGO. Y la llama usted arpía?
- CALIST. Esto es increíble! conque le parece á usted jóven?
- DIEGO. Si señor, por qué no?
- ANTON. (Riendo.) Já, já já.
- CALIST. Calle! el quidam de hace poco!
- DIEGO. Si es el criado de don Carlos.

ANTON. Yo me escurro!
CALIST. Ese? Y se escapa? Ese lo sabe todo.
DIEGO. Ah! bergante!
CALIST. Quieto aqui. (Le cojen.)
ANTON. Perdido soy!

CANTO.

Terceto.

DIEGO. Pronto, pronto, y sin ruido...

ANTON. Pero...

DIEGO. No hay que replicar.

Del enredo que nos cerca,
á decir vas la verdad.

ANTON. (En alta voz.)

Yo señores...

DIEGO.

CALIST. } (Imponiéndole silencio.)

Chis!

ANTON. (En voz muy baja.)

No entiendo

lo que quieren preguntar.

DIEGO.

CALIST. } Dinos toda la verdad.

ANTON. (No sé como he de escapar.)

DIEGO. Dinos, quién era
la que aqui entró
y que á tu amo
sin duda habló!

CALIST. Dinos, quién era
la que aqui entró
y que asustada
viéndome huyó!

ANTON. Ay! si supieran
lo que sé yo!
Tiempo há que un duende
nos da pavor.

CALIST. Eso es tramoya.

DIEGO. (Amenazandole.)
Cuenta bribon.

ANTON. Este duende es una niña.

DIEGO. } Niña?

CALIST. }
ANTON. Y tambien es una vieja,

DIEGO. } Vieja?

CALIST. }

ANTON. (Con gesto risueño.)
Ya tiene cara de pascuas.

DIEGO. } Cómo?

CALIST. }

ANTON. (Con gesto triste.)
Ya la tiene de cuaresma.

DIEGO. } Cuenta.

CALIST. }

ANTON. (Con gesto apacible.)
Hoy nos mira cariñosa.

DIEGO. } Calle!

CALIST. }

ANTON. (Con gesto feroz.)
Mirános, mañana fiera.

DIEGO. } Fiera?

CALIST. }

ANTON. Y tanpronto se aparece.
Psss!

DIEGO, (Cogiéndolo de una oreja.)
Como rápida se aleja.
Si embrollarnos tú pretendes...

ANTON. Ay!

CALIST. Lo entiendes?

DIEGO. Sí tu lengua nos mintió!

ANTON. No.

CALIST. Mintió.

DIEGO. Pronto un cabo en tus espaldas
me dará satisfacción.

ANTON. Inocente soy, señores,
concededme mi perdon!

DIEGO. Aléjate al punto:

sal, tuno, de aquí,

si no mis enojos
caerán sobre tí.

A un tiempo.

ANTONIO.

CALISTO.

Retírome al punto,
que estoy en un tris,
y á poco que tarde
me vá á sacudir.

Aléjate al punto,
bergante de aquí,
si no á garrotazos
te haré yo salir.

(Antonio se va corriendo.)

- CALIST. Conque le deja usted escapar?
- DIEGO. Sí pero yo tomaré en cambio mis medidas, y pronto se despejara la incógnita.
- CALIST. Eso es lo que yo busco; la incógnita.
- DIEGO. Por lo que hace á don Carlos, que se prepare á marchar con los reclutas á Guadalajara esta misma noche.
- CALIST. Lo apruebo: sobre él debe caer...
- DIEGO. Hola! Cabo Correa!
- CALIST. Ese. El cabo de la correa.
- CORREA. (Saliendo.) Mi coronel.
- DIEGO. Que no se deje salir de esta posada á muger alguna.
- CALIST. Entiende usted? En viendo faldas, de comiso inmediatamente.
- SABINA. (Que ha estado con la cabeza asomada escuchando en la primera puerta de la izquierda). Ah! (Cierra ve-lozmente.)
- DIEGO. Ademas que se reunan los reclutas; quiero pa-sarles revista para que dentro de una hora mar-chen á Guadalajara.
- CORREA. Está bien, mi coronel. (Se vá.)
- DIEGO. Usted entre tanto puede retirarse á descansar. (Vá á irse.)
- CALIST. (Deteniéndole.) Palabra! Yo me iba á casar con esa mujer.
- DIEGO. Cómo?
- CALIST. Yo iba á estrechar el vínculo, pero despues del paso escandaloso que ha dado, despues de sa-ber que usted la ama... solo me resta cuatro palabras que decir... Muy buen provecho.
- DIEGO. Pero qué está usted hablando?
- CALIST. Yo me entiendo. Nada. Y estoy sereno frio co-mo una garapiña.
- DIEGO. Si usted toma el rábano por las hojas.
- CALIST. (Muy incomodado.) No señor: yo tomo el rábano por el rábano.
- DIEGO. Mire usted que equivoca la...
- CALIST. Lo que si le encargo, es, que antes de cedérsela á mi sobrino, prefiera usted... lo que va á ha-cer... casarse con ella.
- DIEGO. Si no me deja usted hablar...
- CALIST. Lo dicho, casarse con ella.
- DIEGO. Pero...

- CALISTO. Yo la traspaso sin maldita la pena.
DIEGO. Eh! no hay forma de entenderse con usted. Está usted ciego. (Se va vivamente por el foro.)
CALISTO. (Siguiéndole hasta la puerta.) No, afortunadamente he abierto cada ojo como un plato y... (Bajando á la escena.) Quién lo hubiera creído! Y no hay duda! El coronel andaba en trapicheos con doña Sabina. Bien se ha descubierto á sí mismo. Y ahora me ocurre... Si habrá venido á esta posada por que el coronel se aloja en ella?

ESCENA VIII.

Dichos EL TIO EMETERIO. DON VENANCIO que sale precipitadamente.

CALISTO. (Este se ha quedado pensativo en el primer término de la escena. Don Venancio sale por el fondo como un rayo, pasa por delante de don Calisto, á quien hace volver de su cabilacion espantado, y se mete en seguida por la primera puerta derecha.) Calle! Otra vez este zángano? Y ni siquiera saluda el muy grosero... Ay! el cansancio me rinde... Y el caso es, que no quisiera acostarme hasta dar con la pérfida... Pero á donde me acuesto tampoco? (Al tio Emeterio que sale muy despacio.) Hombre, gracias á Dios que volvió usted.

EMETERIO. Pues si he venido volando.

CALISTO. Sí, como un bucy. Vamos. Dónde está mi cuarto, mi cama?

EMETERIO. Voy á mandarla hacer.

CALISTO. Ahora salimos con eso? Hombre! hombre! usted me vá á precipitar!

EMETERIO. Cuando digo que no tardo media hora.

CALISTO. Media hora!

EMETERIO. Si antes tengo que echar un pienso á los caballos.

CALISTO. No me haga usted la cama... no me la haga usted, hombre.

EMETERIO. Dale! que voy digo.

CALISTO. (Don Venancio sale muy de prisa.) Pero mueva usted esas piernas. (Señalando á don Venancio.) Aprenda usted de ese galgo.

- VENANC. (Volviendo y acercándose á don Calisto) No está?
CALIST. Eh?
VENANC. Voy á verlo. (Don Venancio se va á ir, don Calisto le coje.)
CALIST. Que sea enhorabuena. (Don Venancio hace por irse. Pero qué está usted preguntando? Estese usted quieto, (Empujando al tío Emeterio.) Hombre, muévase usted. (Don Venancio aprovecha este momento y se marcha vélozmente. Don Calisto vuelve cara y se encuentra sin él. El tío Emeterio se va muy despacio.) Adios! Ya se me escabulló! Es un vapor con fuerza de doscientos caballos!... Y él algo trae conmigo... Sí, algo que...

ESCENA IX.

DON CALISTO. DON CARLOS con un enorme chacó en la cabeza

- CARLOS. Mire usted lo que me han puesto! Mírelo usted, tío despiadado.
CALIST. Esto me faltaba!
CARLOS. Ese grosero cabo de escuadra, cuando yo corria buscando á la que adoro... me ha quitado el sombrero, encajándose este horrible chacó.
CALIST. Y ha lecho muy bien.
CARLOS. Es decir que se recrea usted en mi figura!... Que se goza en mi desdicha... Pues no será.
CALIST. Cuenta con lo que haces!
CARLOS. Lo que hago? Desertar. Ya se lo digo. Yo no quiero llevar esto. Déme usted su sombrero. (Se lo quita.)
CALIST. Mi sombrero!
CARLOS. Ahí va el mío! (Le pone el chacó.)
CALIST. Insolente! Ay! que se me cuela hasta las orejas! Si no mirará! Pero, anda. (Se lo saca.) Bien vengado quedo de tí!
CARLOS. Vengado?
CALIST. Despreciaste á tu prima, y vas al ejército... abrigaste un amor absurdo.... y el coronel te ha desbancado.
CARLOS. Cielos!
CALIST. (Y á mi tambien que es lo peor.)
CARLOS. El coronel la ama? Y ella, ella!...

CALIST. Ella es capaz de amar á un saco de arroz.

CARLOS. Dios mío! Eso no es posible! Si: por desgracia sus últimas palabras me dieron á entender que se alejaba para siempre de mí.

CALIST. Claro... porque tú esta noche partes con los reclusas á Guadalajara. Conque á Dios, hijo mío. (Se pone distraído el chaco que se le vuelve á meter.) Uf!... Reniego de.... (Lo tira.)

CARLOS. (Sentándose abatido.) Luego solo ha querido esta muger burlarse de mí? Pero á qué perseguirme! entonces, á qué?... Será quizá que mi funesto error de hace poco?... Y no poder conseguir el verla! Sincerarme!... Saber en fin... (Se levanta.) No sé lo que me pasa! Eh! basta de sufrimientos, y pues nadie tiene ya compasion de mí... No hay que reflexionarlo mas. Si, seré de doña Sabina.

(Música.)

CANTO.

CARLOS. No importa que esta boda me cueste la pelleja, esposo de la vieja hoy mismo voy á ser. Aunque su cara es fea, si bien se reflexiona, mas fea es una mona... y al fin ella es mujer.

Ay! aquello es un vestiglo, tiene un siglo en cada pié.

Cuando gruñe es que suspira, cuando mira es que no vé.

Y si, en fin, enamorada un suspiro lanza ardiente, no es suspiro que es un diente, no es un diente, que son dos.

(Llamando.) Antonio! Antonio! Dónde se ha metido ese tuno? Antonio?

ESCENA X.

DÓN CARLOS. ANTONIO.

- ANTON. Señor.
- CARLOS. Y doña Sabina?
- ANTON. Doña Sabina está furiosa. Dice que usted la ha engañado, que solo quiere ya irse... reconciliarse con don Calisto.
- CARLOS. Pues dila tú que la espero mas amante que nunca.
- ANTON. (Abrazándole con gozo.) Amo de mi vida! Pero es el caso que no sé donde está.
- CARLOS. Como! tunante! Asi abandonas á la que va á ser mi esposa! á la que va á ser la única salvacion de tu amo?
- ANTON. Señor, pues usted mismo no me dijo que no la queria ver ni pintada?
- CARLOS. Yo no le he dicho á usted eso.
- ANTON. Como que...
- CARLOS. (Amenazándole.) Yo no lo he dicho, señor don Antonio.
- ANTON. Bien: convengamos en ello: mas doña Sabina no está en su cuarto. Al oír hace poco al cabo que daba órden para que no déjasen salir mujer alguna de la posada, fué tal el pavor que la acometió, que echó á correr, y no sé ni donde ha ido, ni cuales son sus proyectos.
- CARLOS. Cielos! Y á mi que quieren conducirme á Guadalajara!
- ANTON. Sí, tambien oimos decir que los reclutas salian dentro de poco. Estó fué lo que la hizo marcharse. Pero qué! Se lo llevan á usted, señor?
- CARLOS. Sí, Antonio sí. Tu pobre amo va á cargar con la mochila y el chopo...
- ANTON. Siendo usted un mozo de tanta chapa!
- CARLOS. Por eso se ha despertado de nuevo en mi alma la idea de casarme con la que me puede salvar.
- ANTON. (Con tono sentimental.) Los sentimientos puros y desinteresados dominan siempre, querido amo.
- CARLOS. (Dándole un pescozon.) Me sueltas pullas, tunante?
- ANTON. Ay!
- CARLOS. Sigüeme: vamos en busca de doña Sabina.
- ANTON. Sí, de ese ángel...

- CARLOS. Ah! es tan patudo!...
ANTON. Vamos que todavía está frescota y...
CARLOS. Marcha delante!
ANTON. Habrá riesgo de un puntapié?
CARLOS. (Empujándole.) Adelante y silencio.

ESCENA XI.

DOÑA INES. DON VENANCIO. DON CALISTO. EMETERIO

INES. En busca de doña Sabina? (Entreabre la puerta del cuarto y sale.) Es decir que ese loco ha resuelto casarse al fin con ella! Cielos! Conque todos mis planes se destruyen en el momento en que creía presentarme á don Carlos como su ángel salvador, como su objeto mas querido. Oh! y para esto le he seguido hasta aquí al verle preso, y me he valido del procurador don Venancio, para que cueste lo que cueste le busque esta misma noche un sustituto! Ingrato! si yo encontrase un medio de vengarme, de verle á mis piés pidiéndome perdon, rendido, enamorado... Si, enamorado de mí tan solo... porque nunca renunciaré á esta idea... Pero, cómo conseguirlo estando aquí don Diego y mi tío? Mi tío es lo de menos: el otro... No importa. Que Carlos no vea y sea esta la última prueba que yo intente. (Vase velozmente por el cuarto segundo de la izquierda.)

VENANC. Piss! Doña Ines! Doña... (Sale muy de prisa dirigiéndose al cuarto donde entró Ines.)

CALIST. (Detras de don Venancio apresurado y llamándole.) Eh!... No hay quien pare á ese hombre?

EMETER. (Saliendo muy despacio por el primer cuarto.) Allá voy yo.

CALIST. Buen refuerzo nos entra.

EMETER. Conque... mando hacer esa cama?

CALIST. Si (Furioso.) Para que caiga usted en ella con un tabardillo. (Vase por el foro derecha.)

EMETER. Oiga usted!... Cuando yo digo que no se puede ser eficaz con nadie...

ESCENA XII.

EMETERIO. DON DIEGO. ANTONIO. CABO CORREA. DON CARLOS. Reclutas.

DIEGO. Tío emeterio, vaya usted á esperarme á mi

cuarto. En cuanto pase lista á los reclutas, tengo que interrogar á usted muy formalmente, y me urge el hacerlo.

EMETER. Pues qué ha sucedido?

DIEGO. Nada, nada; luego hablaremos. Yo sabré qué personas han venido á la posada esta noche.

EMETER. Me queao confundio é confusion.

DIEGO. Digo que luego hablaremos: (Empujándole) Retírese usted, hombre. (El tío Emeterio se va no sin echar una ojeada curiosa á don Diego.) Era ella! No hay duda! Y huye de mí! Oh! Qué se han hecho mis esperanzas?

CANTO.

DIEGO. Fantasmas
que en sueños
risueños
yo vi.

Adonde
sois idos
perdidos de mí!
Adonde sois ilos,
fantasmas que vi?
Sin duda, ay! huyeron
por siempre de mí;
Vuelve, vuelve, encanto mio,
claro sol de mis amores
y dén vida tus alhores
á mi pobre corazon.

Si inocente acaso pude
merecer hoy tu desvío,
los suspiros que te envío
muevan, ay! tu compasion!

(El tambor concluido el canto, toca dentro el paso regular como es costumbre en el ejercicio de los reclutas: estos á cuya cabeza viene el cabo Correa salen formados: delante don Carlos con otro. En seguida doña Sabina con capote de uniforme y chacó, tambien formada con otro recluta: despues los demas Antonio consternado sale delante de todos.)

ANTON. Pobre amo mio! Se, lo van á llevar. Y doña Sabina que no parece por ninguna parte.

- CORREA. (Dándole con la vara.) Fuera del medio.
DIEGO. (A los reclutas.) Ese paso! Ese paso!
CORREA. Alto! frente!... EURE!
ANTON. (Por detrás de la fila á don Carlos.) Señor.
CARLOS. Por vida del que aló á Cristo!
CORREA. Mi coronel, entre estos soldados vienen los pocos reclutas que han llegado hasta allora de las inmediaciones. Mucho temo que no fallen desertores, porque han ido viniendo los quintos uno á uno, y sin que nadie los acompañara.
DIEGO. (Examinando una lista con el cabo.) Está bien. Eso es cuenta de quien los envía.
SABINA. (Yo estoy muerta! Cuando á favor de este disfraz pensé volverme á mi casa... verme detenida, obligada á formár en fila... (Mirando á hurtadillas á don Carlos.) Ay! si este perverso me conoce!...
CARLOS. (Dándole con el codo á doña Sabina que está á su lado y sin conocerla.) Hazte para allá, zopenco!
ANTON. Señor; yo no puedo verle á usted de ese modo... yo iré en su lugar de usted.
CARLOS. (Desde la fila.) Dios te lo pague pero no te dé cuidado, por que pronto pienso hacer la procesion del niño perdido.
ANTON. Cómo?
CARLOS. En la primera jornada.
ANTON. Pero qué feo está usted con ese chacó!
CARLOS. (Se adelanta para pegarle.) Mira, tunante! Te ries de mi desgracia?
CORREA. (Quieto en la fila.)
CARLOS. No, si es que quiero dar á mi criado un encargo.
ANTON. Si, si; ya sé cual es. (Don Carlos repite el movimiento.)
CORREA. Quieto he dicho.
CARLOS. (Dando una patada en el suelo.) Voto á san!...
SABINA. (Asustada.) Ay!
CARLOS. (Y. Quien se queja por allí? (Doña Sabina se pone muy seria y cuadrada para disimular.)
DIEGO. Firmes! (Mirando á Carlos.) Mi rival! Oh! La fortuna lo ha puesto en mi poder.
CORREA. Vista á la derecha! Alinear! (Dando con la vara á doña Sabina.) Mas adentro esa barriga.
SABINA. Ay!
CARLOS. (Calle! que voz de tiple tiene mi compañero.)

- ANTON. Señor, que esta usted dos dedos fuera!
- CARLOS. Ay! si te llevo á coger!
- DIEGO. Y esta gente sabe marchar?
- CORREA. Poco. Solo tienen, y no todos, tres horas de instruccion de esta tarde.
- DIEGO. Por el flanco izquierdo... hileras á la derecha...
(Lo ejecutan menos doña Sabina que lo hace al revés.)
- CORREA. (A doña Sabina.) Tú! á la izquierda han dicho.
- SABINA. (Dios me valga!)
- DIEGO. Paso regular... marchen. Uno, dos..., uno, dos..
- CORREA. Marcad el tiempo.
- TODOS. Uno, dos!
- CARLOS. Tres, cuatro.
- CORREA. Cómo tres, cuatro! Qué dice ese? Se está burlando? (Cárlas al pasar por el lado de Antonio le sacude con el pié que levanta marchando.)
- TODOS. Uno, dos!
- ANTON. Ay!
- DIEGO. (El cabo echa fuera á Antonio que se va corriendo.) Ese hombre fuera. Y usted, cuenta con ella ó le meto en un cepo!
- CARLOS. (Oh! que mi rival me insulte, así!)
- DIEGO. Alto.
- CARLOS. (Saliendo de la fila y dirigiéndose á don Diego.) Oiga usted!... yo no sufro impunemente que se me amenace, y...
- DIEGO. Qué osadia es esta?
- CORREA. (Asiendo á don Cárlos y llevándole á su fila.) Inso-lente!
- DIEGO. (Señalando á Cárlos.) El señor queda detenido aquí hasta nueva orden. (Al Cabo.) Que se le ponga un centinela de vista. De frente! Eu! Están ya los bagajes?
- CORREA. No lo sé, mi coronel!
- DIEGO. Vaya usted á verlo en tanto yo hablo dos palabras con el posadero. En mi cuarto estoy. Rompan filas... (Vase. Preludio.)
- CORREA. Centinela! Nadie sale hasta que yo vuelva.
- CARLOS. (Se sienta desesperado en una silla á la izquierda en un extremo y en primer término.)
- SABINA. (Pobre de mí!) (Se sienta en otra silla á la derecha.) Dios mio, y qué facha tengo.
- INES. (Asemando de Aldeana con un cestito de flores.) Allí está. Merced á este traje de Quiteria la criada...

CANTO.

- CORO.** Cantad, compañeros
que pronto el fusil
un lauro glorioso
nos va á conseguir.
Echemos al diablo
pesares en fin,
que siempre el soldado
fué alegre y feliz.
- INES.** Sí, sí, sí, sí,
(Presentándose.)
fué alegre y feliz.
- CORO.** Graciosa aldeana...
- INES.** Mil gracias y mil,
- UNOS.** Quién eres?
- OTROS.** Quién eres?
- INES.** Lo voy á decir.
- CARLOS.** (Mientras sigue la orquesta.) Cielos!
- SABINA.** (Que horror! Tener yo que ver á los soldados
requebrar á las criadas del meson!)
- INES.** (Cantando.)
Jardinera soy, señores,
en los campos de Alcalá,
mas las flores que yo vendo,
no hay quien las quiera comprar.
- SABINA.** (Representando sin que cese la música.) (Digo, qué
tales serán ellas.)
- INES.** (Canta.)
Doy la rosa nacarada,
doy el lirio y el azahar...
(Mirando á Carlos que se ha levantado.)
mas no aprecian los zagaes
flores de esta calidad.
- CORO.** A la flor de tu hermosura
otra alguna igualará,
y tal vez te se marchiten
de tus ojos al brillar.
- CARLOS.** (Representando.) Su vista se fijaba en mí... Ese
acento, esa estatura...)

INES. (Canta.)
 Flores vendo en que sus perlas
 viene el alba á derramar,
 y aunque ven que son hermosas,
 no hay quien las quiera comprar.
 A un tiempo.

INES. Coro.

Doy la rosa nacarada. A la flor de tu hermosura
 doy el lirio y el azahar... otra alguna igualará,
 mas no aprecian los zagales y tal vez te se marchiten
 flores de esa calidad. de tus ojos al brillar.

ESCENA XIII.

Dichos. EL CABO CORREA. Despues DON CALISTO.

CORREA. Eh, muchachos á tomar el rancho para ponerse
 en camino. (A don Carlos.) Usted permanecerá
 aqui hasta saber cual es la pena que el coronel
 le ha impuesto. (Los soldados se van.)

CARLOS. (Impaciente sin cuidarse mas que de doña Inés.) Bien
 sea lo que sea; oh! que hermosa, qué...

INES. No se arrime usted tanto, señor soldado.

CARLOS. (Si; es la misma voz.)

CORREA. (Dirigiéndose de lejos á doña Sabina que está sentada.)
 Tú, boliche!

SABINA. Ay de mí!

CORREA. Arribita y vamos andando.

SABINA. (Si pudiera escaparme al salir...) (Se va con el
 Cabo.)

INES. Me mira apasionado! Ah! Yo triunfo!

CARLOS. (Oh! qué idea! Si es ella, pronto la turbacion
 de su rostro me lo dirá! Probemos.)

ESCENA XIV.

DOÑA INES. DON CARLOS.

(Doña Ines está vuelta de espaldas acariciando un ramo que tie-
 ne en la mano. Don Carlos pasa al otro lado, y mirandola de
 hito en hito, canta el siguiente verso de la cancion del acto
 primero.)

CARLOS. Yo soy la fortuna.

- INES. (A parte y volviéndose al otro lado.) Oh!
- CARLOS. Se vuelve! (Lo hace él tambien cantando al mirarla como antes.) Serás tu mi amor.
- INES. (Disimulando.) Eh? Qué romance me está usted cantando?
- CARLOS. Lara la, la! (No se turba.) Lara la, la, la, la...
- INES. Adonde ha oido usted ese sonsonete tan feo?
- CARLOS. Siempre que un eco de voz dulce como el tuyo ha resonado en mi oido.
- INES. (Se vuelve apoyando una de las manos en el respaldo de la silla.) Qué extravagancia!
- CARLOS. Sí, siempre que... Ay! Qué aire tan distinguido! Qué pié!... Qué mano tan blanca y tan torneada! (Le dá un beso en la mano) Ph!
- INES. (Volviéndose con entereza y dignidad.) Caballero!
- CARLOS. Ay! Eso no lo dice así una lugareña.... tú... usted no es lo que parece. es decir... usted es lo que me pareceá mi... Tampoco. Tú no eres... tú eres.
- INES. Yo no soy nadie...
- CARLOS. (De rodillas.) Tú eres la que yo adoro.
- INES. Já! já! já! já!
- CARLOS. Oh! Acaba de atormentarme! No, no te vayas, ó te seguiré de rodillas donde quiera...
- INES. Déjeme usted, señor soldado.
- CARLOS. (Siguiéndola de rodillas.) No te vayas... no te vayas.
- ANTON. (Saliendo.) Señor, señor.
- CARLOS. (Levantándose.) Maldito seas.
- INES. (Aparte viendo venir á don Calisto.) Mi tio. Ah! prevengámosle. (Se vá hacia el foro.)
- ANTON. No sabe usted lo que ocurre?
- CALIST. (Saliendo y reconociendo á Ines.) Qué veo!
- INES. Chis!... (Le habla bajo.)
- CARLOS. Despacha.
- ANTON. Doña Sabina al ver que no dejaban salir á mujer alguna en esta posada, se ha puesto para huir uno de los uniformes que en un cuarto estaban destinados para los reclutas, y...
- CARLOS. Eh? Pues estará bonita. Que se vaya con ellos.
- ANTON. Pero señor!
- CALIST. (A parte á Ines.) Qué locura! Esplicame al menos...
- CARLOS. (A Antonio que le habla bajo.) Que me dejes.

- ANTON. No: yo he de ver si la reduzco... (Se vá.)
- CARLOS. (Viendo á don Calisto.) Tio! Usted conoce á esta aldeana? ó mejor dicho, es en efecto lo que parece?
- CALIST. Yo... la...
- INES. Calla! es usted pariente de don Calisto?
- CARLOS. Usted le conoce?
- INES. Vaya! Como que siempre que me ha comprado flores en Alcalá, me ha echado unos ojos tan tiernos.
- CALIST. Yo?
- INES. (A don Calisto.) (Chiss! apóyeme usted!)
- CARLOS. Tio... usted pone los ojos tiernos todavía?
- CALIST. Cómo que si los pongo? A usted que le importa?
- CARLOS. Oh! Hable usted: quien es esta muger.? (Poniéndose en medio.) Aquí se oculta algun misterio: usted se turba! No vuelva usted la cara á otro lado. (Ines hace señas á don Calisto para que calle. D. Calisto ha querido volverse; pero don Carlos le dá media vuelta para mirarle cara á cara.)
- CALIST. Señor sobrino!
- INES. Pues bien. El misterio es que don Calisto acaba de prometerme su mano, y que yo la he aceptado gustosa.
- CALIST. (Uf! qué embustera!)
- CARLOS. Su mano! El... pero tio... Cuando no puede usted con la bula!
- CALIST. Deslenguado.
- INES. (Aparte á don Calisto como fingiendo sujetarle.) Apóyeme usted; su sobrino me ama; todo va á arreglarse.
- CARLOS. Y cree usted que yo he de consentir union tan monstruosa? Yo... yo que... en fin... yo que amo á esta muger, sea ó no la que ha tiempo me burla. Pero la amo porque ella es la imágen que tantas veces he adorado en mis sueños.
- INES. Yo? Usted delira!
- CARLOS. No, no: un secreto impulso me llama hácia tí.
- CALIST. Qué escucho?
- INES. (A don Calisto.) No se ablande usted aun.
- CALIST. (Aparte á Ines.) Bien. (Alto á Carlos.) Conque es decir que basta que yo ame á cualquiera para que usted me la pretenda quitar. (Aparte á Ines.) Así?

- INES. (A don Calisto.) (Así.)
- CARLOS. Tome usted á Doña Sabina. Cambiemos, tío.
- CALIST. Doña Sabina? Despues que me ha engañado?
Para qué me sirve á mi eso?
- SABINA. (En el fondo.) Qué veo!
- INES. Además, hijo mio. No hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague.
- CARLOS. Segun. Yo no he pagado las mias, ni pienso pagarlas, conque el argumento no me sirve.
- INES. Pues este será infalible!
- CALIST. No recuerda usted ya lo que ha hecho conmigo?
Pues quien á hierro mata...
- CARLOS. Conque despues de haberme abandonado se goza usted aun en mis celos!
- CALIST. Como usted se gozaba en los míos!
- INES. (A don Calisto.) Bravo!
- CALIST. Oh! qué dulce es la venganza! Oh, le he de hacer sufrir, lo mismo que el á mi con doña Sabina. (A Ines.) Ven querubin!... Ven, siéntate á mi lado! (Lo hace.)
- SABINA. (En el fondo y con ira.) Ah!
- INES. Con mil amores.
- SABINA. (Ah pícaro viejo! Cuando yo queria reconciliarme con él!)
- CARLOS. Esto no se puede sufrir! Y hablan bajo! (Metiéndose entre los dos.) Tío, qué le está usted diciendo?
- CALIST. Quita esa cabeza!
- CARLOS. Luego esto vá de veras? Luego quiere usted abusar de este ángel... sumirla en la oscuridad... en la tristeza... Y á eso llama usted amor?
- INES. (Aparte á don Calisto.) Firme... adelante.
- CALIST. En la tristeza? Está usted equivocado; no, no crea usted que voy á seguir el método de vida que hasta ahora he llevado. Los desengaños me lanzan de nuevo al mundo.
- CARLOS. A usted?
- INES. Si, si, al gran mundo!... á los placeres!...
- CARLOS. Y ella le apoya! Pero tío.
- CALIST. Qué? Se le figura á usted que es usted solo el que puede brillar? Eso se le acabó y ahora me toca á mí. Si señor! Y me divertire y bailaré.
- CARLOS. A costa de mi desesperacion!
- CALIST. No bailó usted á costa de la mía?

- CARLOS. Eso es imposible.
CALIST. Imposible que yo baile? (Se dispone á ello.) Allá voy.
INES. Qué hace usted?
CALIST. Devolverle una polka que me debe.
CARLOS. Tío, se le ha vuelto á usted el juicio?
CALIST. Nada!... venganza, ven... (Empieza á bailar la polka con Ines.) Tararira, tara...
SABINA. Que miro! Ah! Libertino!
CARLOS. Que se va usted á caer.
INES. Já! já! já! já!
CARLOS. Por vida de...
SABINA. Luego yo sola soy la victima de todos! (Tirando del sable y viniendo hacia don Calisto.) Infames!
CARLOS. Doña Sabina.
CALIST. U! qué vision!
INES. Cielos! (Huyendo se va.)
SABINA. Mónstruo!
CALIST. Que me mata esta arpia!
SABINA. Ay! ay! Yo me ahogo! (Tira el sable y se desmaya en brazos de Carlos.) Ay!
CALIST. Pero quién ha puesto así á esa muger?
CARLOS. Y la otra se va!... Venga usted á agarrarla.
CALIST. (Separándose.) Yo no!
CARLOS. Que la tiro! Antonio! Antonio!
ANTON. (Saliendo.) Señor!
CARLOS. (Le pone á doña Sabina en los brazos.) Toma esto.
ANTON. (Sosteniéndola.) Ay!

ESCENA XVI.

Dichos. DON VENANCIO muy deprimido con unos papeles en la mano. ANTONIO. INES y el tío EMETERIO.

- EMETER. Qué bulla es esta?
VENANC. (A don Calisto.) Y doña Ines?
CALIST. Cómo! mi sobrina?
CARLOS. (El tío Emeterio ve á doña Sabina desmayada y pasa á su lado.) Su sobrina! Oh! qué rayo de luz! Tío...
VENANC. Voy á llevarle esto...
CARLOS. Qué? alto aquí, cara de cuervo.
VENANC. Estoy deprimido. (Va á irse, don Calisto le coge de los faldones y le sigue.)

- CARLOS. Tío, dígame usted...
- CALIST. Yo no suelto.
- CARLOS. (Agarrando también los faldones de la levita de su tío.) Ni yo á usted, sin que antes me declare mis sospechas. (Don Venancio estendiendo el cuerpo y los brazos para irse, don Calisto sujetándole de los faldones del frac. Carlos sujetando á su tío de los faldones de la levita. Este grupo se deshace al presentarse doña Ines.)
- ANTON. (Doña Sabina empieza á volver.) Ya vuelve en sí!
- CALIST. Déjame!
- CARLOS. No... es preciso que yo sepa...
- INES. (A Carlos saliendo.) Yo se lo diré.
- CARLOS. (Cayendo á sus pies.) Ah!
- CALIST. Inés!
- VENANC. (Acercándose rápidamente á doña Ines y dándole unos papeles; se marcha.) Hasta mañana.
- CALIST. Pero qué significa!
- CARLOS. Oh! Sepa yo de una vez!...
- INES. Es muy sencillo, Usted despreció un día mi mano, y ahora en cambio le veo de rodillas pidiendo...
- CARLOS. Pidiendo perdon... porque... pequé... pequé... y pequé... y... Dios mio, qué dicha!
- INES. Basta! Vea usted si nuestro tío le quiere echar la absolucion.
- CARLOS. Tío! dice que usted me absuelva.
- CALIST. Badulaque! En fin yo... (Va á bendecirle y ve á doña Sabina.) Uf!
- CARLOS. Y á ella también.
- SABINA. Ay! (Don Calisto dice con la cabeza que no.)
- CARLOS. (Le toma el brazo á don Calisto y él mismo lo mueve.) Vamos. Ego te... etc.
- SABINA. Si un cruel desengaño basta...
- CALIST. Serpiente! Dios mio, parece un culon!
- CARLOS. (Le une con doña Sabina.) Tío, este es su puesto de usted: el mio... (Pasando al lado de Ines.) Aquí! Ah! que ingrato he sido!
- EMETER. (Bajando en medio de los cuatro y con calma.) Con que preparan esa cama!... (A don Calisto.)
- CALIST. Apártese usted, ó le...
- CARLOS. (Preludio de marcha.) Ah!
- TODOS. Qué!
- CARLOS. Ese rumor me recuerda que tengo un rival, y

- que van á separarme de estos sitios.
- CALIST. Don Diego!..... (Mirando á doña Sabina.) Pues no era esta! Ah! Bestia de mí! y yo que creí...
- INES. (A don Calisto.) Mi oro y el procurador don Venancio han sido mas eficaces que él: nada temas.
- CALIST. Luego esa ardilla se empleaba...
- INES. En proporcionar á Carlos su libertad.
- CARLOS. Ellos son.

ESCENA ULTIMA.

Dichos. DON DIEGO. CABO CORREA, y soldados.

CANTO FINAL.

- CORO. Marchemos al punto,
soldados venid,
que el alba ya asoma
y es fuerza partir.
- DIEGO. (A Carlos.)
Llegada es la hora,
disponete á partir.
- INES. Ya es libre y de esposa
la mano le di.
- CORO. Ya es libre.
- DIEGO. Qué escucho!
- INES. La prueba está aquí.
(Dándole el papel que le dió don Venancio. Don Diego lo lee.)
- INES. (A Carlos.)
Por tí velando siempre
solicito mi afán,
logro darte, bien mio,
amor y libertad,
Amanece.)

DON CALISTO Á SABINA.

DON DIEGO.

Si con esa sotana
se viene usted á casar,
prefiero por esposa
la burra de Balám.

Comprada su licencia
ya nada hay que esperar,
muy pronto otros amores
mi pena calmarán.

Coro. A marchar, á marchar.

PERSONAGES. (A un tiempo.) Coro.

Tras noche de azares
ya brilla por fin,
la luz precursora
de aurora feliz.

Marchemos al punto,
soldados venid,
que el alba ya asoma
y es fuerza partir.

FIN DE LA ZARZUELA.

— 11 —
El presente es un
libro de texto
para el uso de
los alumnos de
la escuela
y es de propiedad
de la escuela.

Este libro es
propiedad de
la escuela y
debe ser
devuelto al
fin de cada
año.

FIN DE LA BIBLIOTECA

La ceniza en la frente.
Un matrimonio á la moda.
La voluntad del difunto.
Caprichos de la fortuna.
Embajador y hechicero.
Mauricio el republicano.
A quien Dios no le da hijos.
La nueva Pata de Cabra.
A un tiempo amor y fortuna.
El oficialito.
Ataque y defensa.
Ginesillo el aturdido.
Achaques del siglo actual.
Un hidalgo aragonés.
Un verdadero hombre de bien.
La esclava de su galan.
Pecado y expiacion.
¡Fortuna te dé Dios, hijo!
No se venga quien bien ama.
La estudiantina.
La escala de la fortuna.
Amor con amor se paga.
Capas y sombreros.
Ardides dobles de amor.
El buen Santiago.
¡Ya es tarde!
Un cuarto con dos alcobas.
¡Lo que es el mundo!
Todo se queda en casa.
Desde Toledo á Madrid.
El Rey de los primos.
La caverna invisible.
Quien bien te quiera te hará llorar.
Marica-enreda.
Flaquezas y desengaños.
La amistad ó las tres épocas.
El Diablo las carga.

EN DOS ACTOS.

Desdichas de Timoteo.
La luna de miel.
Un ente como hay muchos.
Cornelio Nepote.
Los pretendientes del dia.
Los dos amores.
Deudas del afma.
Pipo, ó el Príncipe de Montecresta.
Las diez de la noche.
El congreso de gitanos.
El preceptor y su mujer.
La ley sálica.
Un casamiento por hambre.
Antes que todo el honor.
¡Un divorcio!

La hija del misterio.
Las cucas.
Gerónimo el albañil.
Maria y Felipe.

EN UN ACTO.

La señora de Mendoza?
De fuera vendrá...
Juan el tornero.
La doctora en travesura.
Un milageo del misterio.
La mula de mi doctor.
A los piés de V., señora.
Remedio para una quiebra.
El sistema de Felipe.
El sistema de Felipe.
La mujer de dos maridos.
Ladron y verdugo.
La astucia rompe cerrojos.
Un viaje alrededor de mi mujer.
Un viaje alrededor de mi marido.
El marido universal.
Un sentenciado á muerte.
No se hizo la miel...
Los preciosos ridiculos.
Lo que al negro del sermon.
La union carlo-polaca.
Pepiya la aguardentera.
¡Ingleses!!
Un fusil del dos de Mayo.
Cuerdos y locos.
Pst...Pst.
Entre Scila y Caribidís.
Al que no quiere caldo.
La piel del diablo.
Si buena insula me dan...
El perro rabioso.
De qué?
La herencia de mi tia.
La capa de Josef.
Ali-Ben-Salé-Abul-Tarif.
Los apuros de un guindilla.
El sacristan del Escorial.
El sol de la libertad, loa.
Amarse y aborrecerse.
Trece á la mesa.
Dos casamientos ocultos.
Cinco piés y tres pulgadas.
A la corte á pretender.
Con el santo y la limosna.
De potencia á potencia.
Las avispas.

El aguador y el misántropo.
Acertar por carambola.
El rey por fuerza.
Las obras de Quevedo.
Un protector del bello sexo.
No siempre lo bueno es bueno.
Huyendo del peregril.
El chal verde.
El don del cielo.
La esperanza de la patria, loa.
Alza y baja.
Cero y van dos.
Por poderes.
Una apuesta.
¿Cuál de los tres es el tío?
La eleccion de un diputado.
La banda de capitan.
Por un loro!
Simon Terranova.
Las dos carteras.
Malas tentaciones.
Dos en uno.
No hay que tentar al diablo.
Una ensalada de pollos.
Una Actriz.
Dos á dos.
El tío Zaratán.
Los tres ramilletes.
El corazon de un bandido.
Treinta dias despues.
Genar á tambor batiente.
Las jerobas.
Los dos amigos y el dote.
Los dos compadres.
No mas secreto.
Manolito Gazquez.
Percanzes de un apellido.
Clases Pasivas.
Infantes improvisados.
Por amor y por dinero.
¡Estrupicios del amor.
¡Mi media naranja.
Un ente singular!
Juan el perdidio.
De esta le viene al galgo.
¡No hay felicidad completa!
El Vizconde Bartolo.
Otro perro del hortelano.
No hay chanzas con el amor.
¡Un hofeton!... y soy dichosa!
El premio de la virtud.
Sombra fantasma y mujer.
Cuerpo y sombra.
Un ángel tutelar.
El turrón de Noche-buena.
La casa deshabitada.
Un contrabando.
El retratista.
Un año en quince minutos.
¡Un cabello!
¡Como usted quiera.

ZARZUELAS CON SUS PARTITURAS A TODA ORQUESTA.

Concha!
Diego Corrientes.
El Padre Cobos.
Una aventura en Marruecos.
¿Ayudé ó el secreto.
El Tren de escala.
Aventura de un cantante.
La estrella de Madrid.
Don Simplicio Bobadilla.
El Duende.
El Duende, segunda parte.
Las señas del Archiduque.
Colegiales y soldados.
Tramoya.

Gloria y peluca.
Palo de ciego.
Tribulaciones.
El campamento.
Por seguir á una muger.
Buenas noches, señor don Si-
mon.
Misterios de bastidores.
El marido de la mujer de don
Blas.
Salvador y Salvadora.
Diez mil duros!
Los dos Venturas.
De este mundo al otro.

El sacristan de San Lorenzo.
El alma en pena.
La flor del valle.
La hechicera.
El novio pasado por agua.
La venganza de Alifonso.
El suicidio de Rosa.
La Pradera del Canal.
La Noche-buena.
Una tarde de toros.
Partitura del Duende, para
piano y canto.

ADVERTENCIAS.

La Direccion se halla establecida en Salamanca, desde don-
de se servirán los pedidos que se hagan.
Pidiendo ejemplares á la Direccion se hace una rebaja pro-
porcionada á la importancia del pedido.

